

PINTORES CÉLEBRES.



La Visitacion, cuadro de Rubens.

PEDRO PABLO RUBENS.

La profusion, el lujo, la magnificencia de sus obras, nos dicen mas que todas las historias, la vida de Pedro Pablo Rubens; vida feliz y espléndida; es un manantial inagota-
Junio de 1854.

ble de prosperidad, cuyo curso no se vió turbado un momento con las tormentas políticas de su país.

Todo viagero que pasa por Colonia, no puede menos de observar dos inscripciones en lengua alemana que aparecen en la fachada de una casa de modesta apariencia situada en la calle de las Estrellas. La primera dice, que Pedro Pablo Rubens nació en esta morada; la otra, que María de Médi-

Tomo xii. 16

cis, reina de Francia, terminó allí sus días, y en la misma habitación donde el pintor había nacido. ¡Compensaciones irónicas de las grandezas humanas!

Para encontrar en la vida del hombre el secreto de las obras del pintor, sus numerosos biógrafos y críticos se han dividido acerca de la cuestión de su origen, pero noble ó plebeyo, su origen no explica sus obras. El verdadero artista no tiene patria ni familia cuando sus obras dan la vuelta al mundo; su alma está en cada uno de sus cuadros.

Hay una influencia mas grave que debía dominar al pintor como domina á todo el mundo; su propia organizacion y su temperamento.

Hay dos superioridades que están eternamente en lucha con el hombre; su alma y su cuerpo; la parte mas fuerte subyuga á la mas débil, exagera su victoria y la proclama en nuestras obras. Todas las religiones han conocido esta especie de antagonismo que el poeta Horacio llamaba doble. La materia fué la dominadora entre los paganos, y por eso divinizaron sus embriagueces fisiológicas. Baco, el vino, Venus, el amor. Los cristianos al contrario, sometieron la carne al espíritu, glorificaron las austeras virtudes y reemplazaron las personificaciones brutales del paganismo por pensamientos augustos que no tenían cuerpo. El pensamiento fué superior á la animalidad, y el arte se elevaba á la grandeza moral. Pero todo poder se exagera; la naturaleza sintiéndose ultrajada por la reaccion demasiado violenta del cristianismo, no debía tardar en revindicar los derechos de la carne. Esta lucha dura todavía, y he aquí la causa de nuestras vacilaciones en el arte, cuya verdad absoluta debe aparecer el día de la reconciliación entre todas las facultades del hombre.

Generalmente hay quien manifiesta un gusto particular en dividir los talentos en inteligencias y temperamentos, en pensadores y en hombres de actividad. Esto es exacto respecto á los pintores; por eso se ha querido descubrir en su organizacion particular y en su carácter, el secreto de sus obras, que á decir verdad, no son mas que espejos fieles.

Rubens, es una naturaleza pagana, un temperamento, una actividad.

El pintor flamenco conservó una grandeza original durante el siglo XV. Preocupado con las creencias cándidas y con las bellezas del arte gótico, se entregaba á la contemplacion en el fondo de las catedrales, llenas de visiones embriagadoras y de misteriosos terrores. Penetrando con la fé los secretos del arte cristiano, enemigos de la vida mundana, los pintores se alejaron de los asuntos profanos. Sus imágenes piadosas, castamente veladas, ofrecen un doble carácter, una espresion fiel del pensamiento cristiano, mezcla de severidad y de ternura. Los cuerpos de los apóstoles, de los santos, de las vírgenes, de los mártires, delgados y diáfanos, parecían formados de una esencia enteramente espiritual, y el alma aparecía como un sol en sus semblantes rodeados de la aureola. Pero las agitaciones del siglo XVI despertaron al arte de sus sueños místicos; la pintura entonces se hace realista y flamenca.

Tal era la situacion de la pintura de aquel país, en el momento en que aparece Rubens en la historia del arte.

Pedro Pablo Rubens, comenzó sus estudios en el colegio de los jesuitas de Colonia, con aquella facilidad que debe mostrar en todas las cosas durante el curso de su vida. Perdió á su padre en 1587. Hacía ya dos años que Amberes

estaba tranquila, y la viuda determinó pasar á su país natal, donde desplegó toda su habilidad para recuperar una parte de sus perdidos bienes. Rubens, colocado en calidad de page, en casa de la viuda del conde Lalain, no pudo soportar por mucho tiempo esta vida ociosa, y la dejó para seguir su vocacion, la pintura. Entró en el taller de Adam Van Noort, pintor de historia y reputado en Amberes como colorista.

Después de haber estudiado cuatro años bajo la direccion de Van Noort, Rubens entró en el taller de Otto-Venius, pintor oficial del archiduque Alberto y de la infanta Isabel, gobernadores de los Países Bajos. Trascurrido algun tiempo, resolvió Rubens pasar á Italia, y Otto-Venius, presentó á su discípulo al archiduque Alberto y á la Infanta, los que encantados de la elegancia del joven artista, le dieron cartas de recomendacion para muchos soberanos.—Partió para Italia el 9 de mayo de 1600.

Vió á Venecia, y mientras que estudiaba á los coloristas, un caballero de la corte de Mantua, que habitaba en la misma casa que el pintor, manifestó su deseo de verle pintar en su taller. La presencia de algunos lienzos comenzados y la conversacion del artista, encantaron al caballero, que regresando á Mantua pocos dias después, habló al duque Vicente de Gonzaga del talento y del carácter de Rubens, con tal calor, que el duque resolvió llamarle y ponerle á su servicio. Rubens dejó á Venecia por Mantua. El duque Vicente era dueño de una galeria llena de obras de Julio Romano. Si hemos de atenernos al dicho de ciertos biógrafos, el pintor flamenco quiso imitar el fuego de aquel artista; es decir, de simpático en su naturaleza.

Pero ¿qué relacion hay entre la imitacion y el fuego? Privilegio esclusivo de las naturalezas inspiradas, el fuego basta en sí solo para la originalidad y la gloria de los mas grandes maestros: Tintoreto, Rembrandt, he aquí hombres verdaderamente fogosos. Embriaguez del pensamiento, tormento de las pasiones, ardor tumultuoso de todo lo que respira, misteriosa violencia de la naturaleza orgánica, el ardor atormenta á la vez al hombre, á los animales y á los elementos. Penetra en nuestros corazones por el amor, el odio y el dolor; brota de las entrañas de la tierra por el cráter de los volcanes, se precipita en los rios, y atraviesa el cielo en alas de las tempestades. El fuego, en todos los tiempos, dió audacia al guerrero, fiebre al poeta, exaltacion al creyente y heroismo al mártir. Julio Romano no conoció el fuego; á pesar de su imaginacion no logró jamás libertarse de la influencia de Rafael, su maestro, cuyo tranquilo genio perseguía el ideal del orden y la armonía de las líneas. Meditador en todos los pormenores de su vida, frio en su sabiduría, alejado por otra parte por la actividad de los negocios, del recogimiento, manantial de las grandes exaltaciones, Rubens no fué ya un hombre de fuego. El amor excesivo por la mitología, la costumbre de pintar en lienzos de una inmensa estension, las reminiscencias de Miguel Angel, y sobre todo, aquella falsa grandeza que caracteriza la obra de todos los maestros que aparecen en épocas decadentes; he aquí las únicas analogías que se pueden encontrar entre Rubens y Julio Romano. Sus asuntos bíblicos, la *batalla de las Amazonas*, tienen, en defecto del fuego verdadero, un atrevimiento material, una valentía de ejecucion que armonizan con lo demas. Los tres primeros cuadros de Rubens adornaron la iglesia de Mantua; y otros

tres mandados pintar por los archiduques gobernadores de los Países Bajos, la iglesia de Santa Cruz en Jerusalem.

Poco despues, encargado por el duque Gonzaga de una mision secreta en nuestra corte, parti6 bajo pretesto de ofrecer al rey Felipe III, una carroza, siete caballos magnificos y ricos presentes destinados al duque de Lorena, primer ministro. En Roma, el Papa, los cardenales Chigi, Rospiglioso, Colona, la princesa de Scalomare, los padres del Oratorio, pidieron muchas obras al pintor, el cual no tard6 en visitar 6 Florencia.

De Florencia se encamin6 6 Bolonia; pero el dibujo correcto y la composicion severa de los Corracha, no tuvieron nada que reconvenir 6 su genio, enemigo de la sencillez. En Milan, hizo la copia de *la Cena*, de Leonardo de Vinci, y un cuadro para la biblioteca Ambrosiana, *la Virgen y el ni6o Jesus* en un c6rculo de flores, pintado por su amigo Breughel de Velours. Despues pas6 6 G6nova, cuya opulencia y actividad le recordaron la im6gen de Amberes, y estimularon su inclinacion natural al lucro. Su reputacion le habia precedido alli: el senado, los nobles, los comerciantes, le convidaron con festejos espl6ndidos, y se disputaron, 6 precio de oro, sus cuadros y sus retratos. El pintor habia dise6ado las iglesias y los palacios de G6nova, cuya coleccion fu6 seguidamente publicada en Amberes, bajo el t6tulo de: *Palazzi antichi di Genova raccolti e disegnat*. Pero un doloroso acontecimiento le sac6 de Italia: una carta de Amberes le anunciaba la peligrosa enfermedad de su madre, y parti6 de alli 6 toda prisa para volverla 6 ver; cuando lleg6 ya no existia.

Rubens habia estado ocho a6os en Italia, bajo la proteccion constante del duque de M6ntua, corriendo de ciudad en ciudad, de escuela en escuela, y de obra maestra en obra maestra. Dotado de una grande actividad, de una vasta memoria y de una facultad de asimilacion acaso desconocida hasta para 6l mismo; italiano en Italia, espa6ol en Espa6a, la flexibilidad que tenia en trasformarse, no le quitaron nada de su naturalera y de su originalidad flamencas. Rubens se retir6 por espacio de cuatro meses 6 la abad6a de San Miguel, donde habia sido sepultada su madre, para dar un libre curso 6 su dolor. Despues se entreg6 6 una profunda melancol6a. Disponiase 6 volver 6 Italia, pero los archiduques, deseados de conservar 6 su lado al artista, y sobre todo al diplom6tico, en un momento en que tenian con la Holanda relaciones muy dif6ciles, le colocaron bajo su dependencia por medio de una rica pension, *cadena de oro*, segun la expresion de Felipe Rubens su sobrino y su bi6grafo. Para libertarse de las distracciones de la corte de Bruselas, el pintor se reserv6 para residencia habitual 6 Amberes, donde siempre se hallaria dispuesto para acudir al primer llamamiento de sus pr6ncipes, y como la tregua de 1609, firmada en Amberes y en la Haya, le habia esperar algunos a6os de tranquilidad para su pa6s, tanto tiempo trastornado, se cas6 con la hija de un rico senador de Amberes, Isabel Brand, belleza robusta, cuyo retrato ha tomado muy 6 menudo en sus obras el lugar de la elegancia y de la gracia. Rubens compr6 una gran casa que mand6 construir 6 la italiana; entre el patio y el jard6n se elevaba una rotunda, y en este museo, al cual conducia una escalera r6gia, el artista hizo colocar los ricos objetos del arte recogidos en sus viajes: cuadros, est6tuas antiguas, bustos, bajo-relievos, medallas, 6gatas, etc., y hasta el fin de su vida, conserv6

en Italia fieles correspondientes, que hacian por cuenta suya frecuentes adquisiciones. El escultor Duquesnoy, su compatriota y su amigo, era el que mas particularmente estaba encargado de estos inteligentes cuidados. La fortuna del pintor crecia con su fama: «No habia pr6ncipe 6 aficionado, que no quisiese tener alguna cosa suya.»

La construccion de su morada, fu6 la singular ocasion que di6 nacimiento 6 una de sus obras maestras; *el Descendimiento de la Cruz* de la catedral de Amberes. Hacia el a6o 1610, Rubens compr6 una parte de terreno que pertenecia 6 la cofradia llamada de los arcabuceros. Para engrandecer cuanto fuese posible y gratuitamente su morada, el pintor edificaba tambien sobre el terreno de sus vecinos. Iba 6 comenzar un proceso, cuando Mr. de Rockox, su amigo, antiguo burgo maestre y capit6n del *Juramento*, exort6 6 sus cofrades para la reconciliacion, y se convino en que el pintor hiciese un cuadro para la capilla que tenian en la catedral, y Rubens concibi6 el pensamiento de *El Descendimiento de la Cruz*.

La tregua de los doce a6os, firmada entre Espa6a y la Holanda tocaba 6 su t6rmino; la B6lgica aspiraba 6 la paz, Luis XIII para contrabalancear la influencia de Inglaterra unida 6 la de los protestantes franceses, proponia al rey de Espa6a una alianza ofensiva contra la Holanda, hogar de la heregia. Durante las vacilaciones de Felipe III, el archiduque Alberto redoblaba la actividad para llegar 6 un medio de pacificacion: una se6ora Tserclaes; le servia de mediadora cerca del pr6ncipe de Orange; la necesidad de la paz era imperiosa: continuaron las negociaciones, y Rubens y la dama Tserclaes fueron los agentes mas activos de ella.

Estas ocupaciones no impidieron 6 Rubens consagrar su tiempo 6 la pintura; pero el n6mero de sus obras seria un misterio sino se conociese la manera que tenia de pintar: se levantaba 6 las cuatro de la ma6ana, oia misa, y seguidamente se instalaba en el taller. Por la tarde le gustaba pasear 6 caballo en derredor de los baluartes de Amberes. Rubens estaba en correspondencia con los artistas y los sabios de todos los pa6ses.

Mar6a de M6dicis, reconciliada con su hijo Luis XIII en Angulema, y de vuelta 6 Paris en 1620, esta princesa, deseando enriquecer su palacio de Luxemburgo con obras del gran pintor, ocup6 6 Rubens, y mand6 que le pintara la historia de su vida por medio de veinte y un cuadros; pero en lugar de una historia real, el pintor compuso una especie de poema aleg6rico, y cada cuadro era un canto. Concepcion turbulenta, rara, donde se ven reunidas personalmente sobre la tierra, en el seno del mar, en el Olimpo y en el cielo cristiano, en la f6bula, y en la Historia de Francia, las divinidades, los elementos y las ideas abstractas. Las alegorias eran la pasion dominante de la 6poca.

Rubens parece haber agotado como para admirar al espectador, todos los recursos de su estilo teatral en la galeria de Luxemburgo; grandes efectos, sorpresas mec6nicas.

A fines de mayo de 1625, el artista pas6 6 Paris, para acabar los dos 6ltimos cuadros de la galeria, donde concibi6 6 Buckingham, aquel favorito de Carlos I, y tan c6lebre por la audacia de sus empresas galantes. La amistad entre Rubens y Buckingham, lleg6 6 ser tan estrecha, que el pintor, visitado despues en Amberes por el ministro ingl6s, consintió en cederle, por la suma de 400,000 florines, la coleccion que formaba su gabinete.

Rubens, aseguran, que fué un tanto codicioso, y que se quejaba siempre de que no le pagaban con largueza, como si el arte no tuviese otro fin que la riqueza, ni el génio otra recompensa que la corona de oro.

A imitacion de Rafael, Rubens enseñaba á una falange de jóvenes pintores, que llegaron á ser en su mayor parte grandes maestros. Mientras que los unos trabajaban en sus cuadros de historia, los otros se ocupaban en el paisaje y en los animales.

En el mes de junio del año 1626, perdió á su muger Isabel Brandt.—«He perdido, decia, una excelente compañera.» La Holanda habia roto las hostilidades, y la guerra de Alemania le prestaba socorros desconocidos. Rubens, despues de la muerte de su muger, quiso buscar una distraccion en los viages. Partió para la Holanda, y visitó á los artistas de aquel pais.

Felipe IV llamó á Rubens á su lado, y el embajador salió para España en 1628. En el número de las obras que pintó y dejó á España, contaremos: *El Robo de las Sabinas*, *la Reconciliacion de los Romanos con los Sabinos*, y *el Triunfo de la Iglesia*, asunto tratado antes que por él, por el Ticiano.

Rubens visitó á Juan, duque de Braganza, despues al rey de Portugal, á cuya expedicion le acompañaron muchos españoles y flamencos.

Rubens salió de España llevando el título de secretario del consejo privado. El 12 de mayo llegó á Paris, algunos dias despues á Bruselas, de donde salió para Lóndres. Su protector Buckingham habia sido asesinado por Felton. Carlos I distinguió al pintor, y le dió encargos muy especiales.

El 6 de diciembre de 1630, se casó en Amberes con una jóven de diez y seis años, Elena Forment, quien coronó de flores y de frutos su vejez,—poética ruina,—dándole cinco hijos.—En 1636 el genio del pintor lanzó uno de sus últimos rayos: *El Misterio de San Pedro* de la catedral de Colonia.

Rubens sucumbió atacado de un acceso de gota reumática, el 30 de mayo de 1640, á la edad de 62 años y 11 meses.



Los hijos de Rubens.—Cuadro de Rubens.

Rubens, fué un artista universal; dominó la historia, la alegoría, el paisaje, el retrato, los animales, los frutos y las flores.

B***

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

EL RAMO DE PAJA. (1)*(Continuacion.)*

El consejo de la reina madre y regenta Ana de Austria, la cual se llamaba á la sazón el consejo del rey, está retirado en una habitación de la abadía; tapices y algunos cuadros severos adornan sus paredes. Por los balcones abiertos que dan al campo, se descubren las tiendas del campo real, y se oye el ruido de los tambores y de los cañones.

Luis XIV, en quien el instinto de la autoridad se desarrolla de día en día, no se encuentra menos impaciente de reinar en París. Su mano toca la empuñadura de su pequeña espada, y su mirada clavada en Turena, le reconviene por la lentitud de la victoria.

Mazarino, siempre risueño y cauteloso, recorre los despachos y las relaciones que acaba de poner sobre una mesa. Sus soldados para él, son sus agentes secretos; su artillería, el oro y las promesas; su valor, la paciencia y la diplomacia.

Turena, modesto y reservado, pero firme como un noble



El capitán Mancini, sobrino de Mazarino

La reina aparece sentada en un sillón elevado en una grada. A su derecha está Luis XIV, á su izquierda Mazarino, y delante de ella el mariscal de Turena y Mateo Molé.

Envejecida por tres años de luchas, pero todavía bella y mas arrogante que nunca, Ana de Austria se halla resuelta á terminar la revolución y á afianzar el trono de su hijo ó sepultarse bajo sus ruinas. Esta determinación se lee en su noble rostro y en su actitud imperiosa.

(1) Véanse los números 4.º y 5.º de este mismo año.

corazon que cumple con su deber, como un genio ilustrado que ha encontrado su camino, estudia el próximo combate en un mapa de las cercanías de París.

Mateo Molé reflexiona en los cambios de las revoluciones. El que presidía el Parlamento de la primera Fronda, mientras que el señor guardaba los sellos del rey, ha llegado á ser canceller á su vez, en tanto que el señor preside el consejo de los rebeldes. El integro magistrado no ha podido defender las libertades parlamentarias á espensas de su conciencia; pero tiembla de que estas libertades no perezcan

bajo las venganzas de la monarquía. En casa de la reina, como en el parlamento, su divisa es siempre: *In medio virtus*; hermoso sueño de un sabio, imposible en la guerra civil, pues lo mismo que no pudo impedir á la corte soberana de ir demasiado lejos contra la monarquía, tampoco podrá impedir á la monarquía, que vaya demasiado lejos contra la corte soberana,

El cardenal, que dirige el consejo sin aparentarlo, da principio á la deliberacion dando cuenta de sus relaciones. Sus cien ojos de Argos, han leido hasta en el alma de sus enemigos. Refiere lo que pasa entre ellos, como si presidiera sus conciliábulos.

—He aquí, dijo, el plan de los frondistas. Pretenden comprar el ejército de Carlos de Lorena, y unirle al de Mr. de Condé, para destruir el nuestro. Despues sublevarán al pueblo contra el Parlamento, que vacila todavía en la revolucion; pero le obligarán con las armas en la mano, á recibir las tropas de los príncipes en París, y á proclamar á Gaston de Orleans teniente general del reino. Entonces nos impondrán una paz vergonzosa, llevarán á la reina al convento, yo iré á la Bastilla ó al fin del mundo, y dando á Luis XIV el título de rey, gobernarán en su nombre como los antiguos *maires* del palacio.

A estas palabras la regenta enrojeció de cólera, é inter-rugó á su hijo con una mirada provocadora.

—¡Yo sufrir maires del palacio! exclamó Luis XIV levantando su frente cubierta de un rojizo inflamado! Mejor quisiera no reinar nunca, ¿lo entendeis? Yo guardaré mi corona entera, ó la romperé con mis propias manos.

Ana de Austria le besó llorando de alegría, y los consejeros, á quienes habia asustado Mazarino, se sintieron tranquilizados por un niño.

—Ministros del rey de Francia, añade la reina, mostrémoslos dignos de nuestro dueño.

—Este vasto complot, prosiguió el cardenal, tiene tres gefes, sin los cuales no seria nada. El gefe político es la señorita de Montpensier. He aquí el alma verdadera de la Fronda en París. He aquí á la duquesa de Longueville de 1632. La ambicion de esta princesa es quien detiene y gobierna á su padre en Luxemburgo. Su espíritu altanero mas que la belleza de las Montbazon y de las Chevreuse quien encadena á los señores y á los generales, al Parlamento y al pueblo. El gefe militar es el príncipe de Condé, nombre temible, espada mas temible todavía; y seremos vencidos muy pronto si Carlos de Lorena se une á él. En fin, el gefe popular es un recien venido, cuyo nombre ignoro todavía. Se llama el baron de Altomar, y oculta con un traje español algun pecado de 1648, cuya máscara espero arrancar. Siendo lo mas urgente separar á Carlos de Lorena, he negociado antes que nada su alejamiento, y he aquí su promesa de estar mañana á quince leguas de París. Hoy la ha cumplido. Mis correos han visto, esta mañana, tomar su ejército el camino de Espernay. Mr. de Turena no tendrá ya delante mas que á Mr. de Condé. Las fuerzas serán iguales, y el vencedor de Jargeau sabrá triunfar del vencedor de Rocroy.

—Yo lo espero con la ayuda de Dios, respondió únicamente el mariscal. Sin embargo, añadió con prudencia, creo deber esperar mi artillería, que Mr. de la Ferté me traerá pasado mañana. Podré dentro de cuatro dias, atacar á los frondistas con ventaja.

—¡Cuatro dias! es muy tarde, interrumpió Luis XIV,

impaciente de ver al fin la batalla que le habian prometido hacia un mes.

La reina y Molé fueron de igual parecer, la reina porque queria aprovechar el ardor de las tropas; Molé porque temia el progreso de la revolucion en el parlamento.

—Entonces que Mr. de la Ferté, dijo el jóven rey, llegue un dia antes con sus cañones.

—Señor, es imposible, dijo Mazarino.

—¡Pues bien, que haga un imposible! insistió Luis XIV, no admitiendo ya ningun género de obstáculos.

Todos miraron á Turena; este respondió tranquilamente.

—Yo quisiera mejor un dia mas de próroga; pero si sus magestades me lo mandan combatiré dentro de tres dias, sin Mr. de la Ferté.

—Vos no tendreis ya mas que honor en vencer, mariscal, dijo la reina con una coquetería belicosa.

—Y la artillería, añadió el rey, nos servirá al siguiente dia para obligar á París.

—Nosotros tenemos tiempo para decidir esto, concluyó Mazarino con su táctica habitual. Daremos órdenes á Mr. de la Ferté, para que apresure su marcha. Yo por otra parte tengo que proponer al Consejo una expedicion preparatoria, que puede debilitar al enemigo.

Todos prestaron oidos á las palabras del cardenal.

—Para someter á Gaston, prosiguió, para confundir al parlamento, para intimidar al pueblo, para atacar al corazon de la Fronda, creo que es necesario sacar de París á la señorita de Montpensier.

Todo el mundo aplaudió este gran golpe; tanta audacia admiró hasta al mismo Mazarino.

—Escelente, dijo la reina; pero, ¿y los medios de ejecucion?

—Helos aquí, continuó el ministro, sacando una llave de su bolsillo y un papel de su cartera. Esta llave abre el jardin de Luxemburgo, y este plan dirigido por Mr. de Colbert, es el de las entradas y el de las salidas del pabellon que habita la señorita. Con estos dos instrumentos, y algunos hombres determinados y un oficial hábil, el asunto tendrá un éxito asombroso.

—Es muy posible, dijo Mr. de Turena; pero el gran negocio estriba en la eleccion del oficial. Es necesario para semejante expedicion, un hombre que no sea vulgar. ¿A quien designaremos, cardenal?

—Aquel que Mr. de Harcourt nos anuncia como el primer capitán de su ejército, aquel que esperamos hoy con sus cuatrocientos bravos.

—Al conde Felipe de Amalby, interrumpió el mariscal.

—¡Iba á nombrarle! exclamaron el rey y la reina, que no habian olvidado el sitio de París.

—He aquí un elogio que vale por mil, respondió Turena inclinando la cabeza.

—Esperad, dijo el capitán dirigiéndose á una ventana; aquí se acerca precisamente.

Con efecto, despues de algunos instantes, se oyó un ruido de tambores y de trompetas. Los consejeros dirigiendo sus miradas á la estremidad del campo, vieron como una nube de polvo; Luis XIV seguía el movimiento con una alegría marcial, embriagándose con las aclamaciones que sus soldados prodigaban á los que llegaban. Pero la vista certera de Turena habia contado estos soldados apesar de la distancia.

—Este no es el conde de Amalby, dijo, con sus cuatrocientos hombres. Es un coronel con un regimiento entero. Trae cerca de dos mil caballos bien montados.

—¡Dos mil caballos! repitieron todos con asombro.

—Tanto mejor, dijo Luis XIV, ojala vinieran cien mil.

—¿Quién nos traerá semejante refuerzo? se preguntó Mazarino.

—Vamos á saberlo, dijo Turena, pues la columna entera se dirige hacia nosotros...

Saludado por las aclamaciones, el regimiento se dirigía verdaderamente hacia la abadía.

Al cabo de un cuarto de hora, se desplegó magestuosamente debajo de los balcones, batiendo marcha y enarboladas las banderas.

—Magníficas tropas y bien mandadas, dijo el mariscal con una sonrisa de satisfacción.

El gefe acababa de mandar hacer alto, y saludó al consejo con la espada mientras que dos mil hombres lanzaban un grito formidable de: ¡Viva el rey y la reina!

—Es el conde de Amalby, exclamó Mazarino que ya le había conocido; ¿dónde ha tomado este regimiento?

Cinco minutos despues, el conde llamado al consejo, doblaba la rodilla delante de SS. MM. La reina le dió á besar aquella mano que había hecho tantos héroes, y el rey le acogió con aquella sonrisa que debía crear los grandes hombres.

Felipe era siempre el bello caballero de la primera Fron-da; pero sus propias hazañas le habían dado un aspecto de gravedad imponente. Se veía en su rostro cierto aire de tristeza que tenía dos causas sagradas: su larga separación de Luisa y las nuevas desgracias de Francia.

—Capitan, le dijo el cardenal, Mr. de Harcourt os anunciaba con cuatrocientos hombres; ¿cómo es que llegais con dos mil? Vuestro general, ¿los ha separado del ejército del Norte?

—El ejército del Norte está intacto, respondió el conde, estos dos mil hombres han sido reclutados en mi viage. Avergonzado de no poder traer á SS. MM. mas que un puñado de soldados, me dirigí hacia las tierras de mi familia. Dije á nuestros campesinos: cambiad vuestras azadas por mosquetes, montad sobre vuestros mejores caballos, y venid á combatir por la causa del rey. El mismo lenguaje empleé para con los veteranos, para las milicias, para las compañías libres y los licenciados. Casi todos me han seguido, y he formado el cuerpo de caballería que mirais.

—Recibid por ello mis felicitaciones, dijo Turena tendiendo la mano á Felipe.

—Reconozco al antiguo teniente de mis guardias, añadió graciosamente la reina, mientras que el hijo daba gracias al conde admirando las tropas.

Solamente Mazarino, que pensaba en todo, preguntó si el regimiento venia á sueldo.

—Las dos terceras partes, respondió el capitan con noble modestia; mi familia entera se ha conceptuado dichosa en poder contribuir á ello como yo, por medio de nuestras economías, y con el precio de nuestras posesiones. Solo nos falta pagar 20,000 libras y mañana las recibiremos. Mr. Boucherat, mi suegro, y la señora condesa de Amalby, despues de haber vendido sus molinos, y atravesado mil peligros en su viage, venian á hacer homenaje de esta suma á sus magestades, cuando un accidente, que me revela esta carta,

los ha detenido en Choisy-le-Roy. Con la autorización del señor mariscal, yo iré á buscarlos esta misma tarde.

A estas palabras se oyó un grito de admiración..... La reina se dirigió hacia el conde enjugando sus lágrimas.

—Bravo capitan, dijo Luis XIV, cuando yo tenga poder, vos seréis mariscal de Francia.

El mismo Mazarino sintió latir su corazón, y se decia contemplando este sublime cuadro:

—¡La monarquía no perecerá mientras tenga semejantes defensores!

Todos estaban todavía conmovidos con esta escena, cuando exclamó una voz debajo de los balcones:

—El conde de Amalby, mi yerno.... ha llegado.... ¿Dónde está?

Era Juan Boucherat que venia de Choisy, y atravesaba el regimiento de Felipe, preguntando por él á todos los soldados.

—¡Mi suegro aquí! exclamó el capitan reconociendo al digno anciano. Permitan SS. MM. que salga á su encuentro para abrazarle. Es probable que hoy mismo tengamos las 20,000 libras.

—Nosotros todos recibiremos al baron de Gonesse, dijo la reina (é hizo señas á un oficial); él ha tenido ya el honor de formar parte de nuestro consejo.

Peró el impaciente viagero no esperó la invitación. Informado de que su yerno estaba en la abadía, se encontró con el oficial que le buscaba, entró bruscamente en el salón, y se lanzó al cuello de Felipe.

Los consejeros no pudieron reprimir una sonrisa al ver el extraño equipo del buen hombre. Su espada colgante, el tahalí puesto del revés, la pluma del sombrero vuelta como el ala de sus molinos, su aspecto estraviado, sin aliento, desconcertado, presentando todo el aire de un guerrero de Carnaval.

—¿Cómo está la condesa? fué la primer palabra del capitan.

—¡La condesa ha sido robada, respondió Boucherat, robada con mis 20,000 libras!

Y en medio de las imprecaciones y de las lágrimas, refirió la aventura de la noche anterior....

La sonrisa de los consejeros dió lugar á la conmiseración; y Amalby, herido en lo mas profundo del corazón, no sabia qué resolución tomar.

—¡Haber dejado á Luisa el día de su casamiento! ¡Volver hacia ella despues de tres años de ausencia, lleno de felicidad y de gloria, y ver felicidad y gloria desvanecerse en el momento de tocarlos! Habia efectivamente motivos para enfurecerse de la manera mas enérgica.

Felipe leía y releía con la vista estraviada, el papel que habia dejado el raptor á su suegro: *Vos volveréis á ver en un palacio á la que os han quitado en una posada.*

—¡Problema horroroso! dijo al fin reanimado por la cólera. ¿Qué hago? ¿de quién me vengo?

—¿Queréis vuestra venganza? Aquí la teneis, capitan, dijo Mazarino, entregando al conde las notas de Colbert y la llave de Luxemburgo. La condesa es una prenda que nuestros enemigos adquieren contra vos. Rehen por rehen, y golpe de mano por golpe de mano. Tomad vuestros hombres de mas confianza, y arrancad de su palacio á la señorita de Montpensier. Será vuestra prisionera hasta que os hayan devuelto la condesa.

—Y ganareis al mismo tiempo vuestro grado de teniente coronel, añadió Turena apretando la mano de Felipe, pues yo me encargo, según el éxito de la expedición, de pagar las deudas que tengais con vuestro regimiento.

—Gracias, señores, exclamó el conde, que acogia el plan de la llave, como un náufrago coje la tabla de su salvación. La hija de Gaston estará en nuestro poder esta misma noche, ó me sepultaré bajo las ruinas de su palacio.

XIII.

EL ESPÍA DE LUXEMBURGO.

Ya hemos visto, como después de una noche de angustias y de lágrimas, la condesa de Amalby había reconocido, á los rayos del alba, el jardín de Luxemburgo.



Retrato de Turena.



Retrato de Mateo Molé.

—¿En el Luxemburgo! ¡yo cautiva en el Luxemburgo! dijo apoyándose desalentada en el balcón, y perdiéndose mas que nunca en un laberinto de incertidumbres....

En tanto que sondeaba este abismo sin límites, apareció el día y le permitió examinar mas detenidamente su prision.

Acordándose de la carta que la habían dado, y viendo los cuidados extraños de que se veía rodeada, no pudo desconocer una pasión misteriosa, y este descubrimiento acrecentó á un mismo tiempo su asombro y sus perplejidades.

La semejanza del baron de Altomar con Deboilé le vino á la memoria; pero como para desvanecer esta nueva sospecha, los periódicos que estaban sobre una mesa con otros libros encuadernados le refirieron muy menudamente la ejecución en Burdeos de Mr. Guillermo Deboilé, aboga-

do de Paris.... Los antecedentes, el retrato, las actas y las palabras del tribuno fusilado, no permitían la duda acerca de la realidad de su muerte.

Leyendo estas relaciones, puestas de intento bajo sus ojos, Luisa no observó la intención profunda con que una doncella espía en su fisonomía el mas leve signo de interés ó de emoción.

Luisa preguntó á esta muger y á las otras que la custodiaban algunas cosas relativas al baron de Altomar. Todas hicieron de él los mas grandes elogios; pero como podían hacerlos gentes encargadas de una misión cuyo objeto ignoraban.

La condesa dedujo, sin embargo, de esta conversación, que su persona sería inviolablemente respetada. Esta convicción, que era un grande alivio, la permitió entregarse á los cuidados que exigía su anterior desgracia. Después que

reclamó una hora de soledad, se tendió en un lecho situado delante del balcón abierto.

Iba ya á quedarse dormida, cuando un pequeño paquete lanzado desde el jardín, cayó entre las flores del balcón.

Luisa le recogió con afanosa diligencia, le abrió agitada, y leyó estas palabras trazadas á toda prisa:

«Estad esta noche á las ocho en el gabinete Azul. Un amigo pasará á veros y se pondrá á vuestro servicio.»

Luisa se inclinó hácia el jardín, y vió un page del duque de Orleans que desaparecía por entre los árboles haciéndola un signo de discreción.

—¿Qué nuevo misterio es este? ¿Un lazo, ó un medio de salvación? No importa; iré, dijo la condesa con resolución.

Y después de una hora de inmovilidad, para evitar las sospechas, llamó á sus sirvientas y dispuso que la condujeran, bajo diferentes pretextos, á su aposento, y se aseguró

de que el gabinete Azul estaba inmediato á su alcoba.

Después esperó hasta la noche en medio de una agitación mezclada de temor y de esperanza.

A las siete anunció que quería recogerse; entra con indiferencia en el lecho, y despide á todo el mundo.

Una hora después, entra en el gabinete Azul, siente agi-

ubierto vuestro cautiverio, yo os debo socorro y protección, pues no debeis ser mas que una víctima de los frondistas, y yo soy un agente del cardenal Mazarino...

Y presentó las pruebas á Luisa, mostrándole cartas de Benouin... Era, con efecto, el mismo espía que habia servido á Colbert la antevíspera.



El conde de Harcourt.

tarse las labores de la pieza, oye que una mano hábil levanta una plancha de union, y reconoce, al través de la abertura practicada, al mismo page que habia visto en el jardin.

—Quien quiera que seais, señora, la dijo, habiendo des-

TOMO XII.

La condesa adquiere confianza, y cuenta toda su historia al page. Este la revela á su vez la connivencia de Gaston con Altomar, y le explica el por qué Luxemburgo habia llegado á ser su prision.

—Escuchadme bien, prosiguió, y sereis libre dentro de algunas horas; una sola persona en este palacio, entra y sale día y noche, sin ser vigilada. Esta es la señorita de Montpensier. Es menester que los criados y los guardias os tomen por ella. He aquí uno de los trages que ella adopta en sus expediciones secretas, y que vos ceñireis poco después de mi partida.

Y arrojó en el gabinete una especie de traje talar, un sombrero con plumas, un baston, con puño de oro, y una de aquellas máscaras del tiempo llamadas *lobo*.

A las once estará la Señorita en el otro ala de Luxemburgo, donde celebrará un consejo con su padre y el príncipe de Condé. Salid entonces por esta puerta secreta con el traje que os dejo; atravesad el gabinete en que yo estoy y el corredor que le sigue, y de este modo llegareis á los aposentos de la *Señorita*. Os detendreis en el pequeño salon Amarillo, que yo buscaré la manera de que no haya nadie allí entonces, y esperareis hasta que yo haya preparado el camino para vuestra salida. En cualquier cosa que suceda mientras tanto, obrareis y mandareis como si fuérais la princesa. Nadie tiene aquí la costumbre de mirarla de cerca, ni de titubear delante de sus órdenes; saldreis á la puerta de un jardin cuya llave tengo yo... A veinte pasos de aquí, se encontrarán dos hombres armados, y un coche dispuesto á conducirlos al sitio que designeis.

—¡A San Dionisio! ¡Al campamento del rey! respondió Luisa al momento. Haré cuanto me decís, añadió llena de contento. A las once estaré en el salon Amarillo.

Y el page desapareció por los corredores sin esperar á que le dieran las gracias.

XIV.

EL RAPTO DE LA SEÑORITA.

El conde de Amalby, habiéndose separado del consejo del rey, estuvo una hora hablando con su suegro, y le pidió cuenta de todos los pormenores del robo de Luisa, esperando encontrar, al través de estos detalles, alguna huella del raptor que se le había escapado á Juan Boucherat.

Viendo, en fin, que eran inútiles todas sus investigaciones, no pensó ya mas que en su expedicion á Luxemburgo.

Después de haber tenido una larga entrevista con Colbert, para tener todas las noticias necesarias, escogió en su regimiento los doscientos hombres mas resueltos, y se puso en marcha con ellos á la caída de la tarde.

—No es la fuerza numérica lo importante en este negocio, se decía, sino la destreza y la intrepidez.

En cuanto al conde, el león á quien se hubiera arrancado su presa, no hubiese estado mas terrible. Por quitar á Luisa de la Fronda, Luisa, á quien veía desolada y tendiéndole los brazos, ora en el fondo de una prision, ora detras de un baluarte de mosquetes, hubiera él destruido al paramento, robado á los príncipes; hubiera quemado al Luxemburgo y hasta á París...

Sin embargo, su furor no le privó de la prudencia, y esperó que la noche estuviese bien cerrada para dar principio á sus pesquisas.

Cuando descubrió la puerta secreta, esperó todavía á que sonasen las diez.

Iba entonces á penetrar en el jardin, cuando un ruido sordo le llamó su atencion.

Distinguió un coche que se adelantaba lentamente, conducido por dos hombres armados y enganchado á dos vigorosos caballos.

Eran los cocheros enviados por el page para conducir á la prisionera...

No viendo en esto mas que un obstáculo inesperado á su proyecto, y queriendo convertirle en provecho suyo apoderándose del carruaje, Felipe dió una orden pronta á su teniente, y el coche fué detenido, los conductores desarmados, y sus gritos ahogados con la prontitud del relámpago.

—Respondedme, y respondedme la verdad, dijo el conde á los pobres diablos aterrorizados por dos pistolas. En primer lugar ¿quién sois?

—Dos lacayos de monseñor de Orleans.

—¿Quién os ha enviado aquí?

—Un page de la *Señorita*, con orden de esperar a una persona.

—¿Qué persona?

—Una señora.

—¿Qué señora?

—No se nos ha dicho su nombre.

—¿Pero lo sospechareis acaso?

El rastrillo de su pistola sonó. Los dos lacayos se miraron.

—Nosotros creemos que es la misma *Señorita*, balbuceó uno de ellos cayendo de rodillas.

Felipe no pudo contener una exclamacion de sorpresa... En el momento en que iba á robar á la princesa al través de tantas dificultades, ella vendría en persona á entregarse bajo su poder. Una casualidad tan dichosa le pareció al pronto inverosímil.

—Decid todo cuanto sepa is; dijo volviendo á comenzar el interrogatorio, y en lugar de la muerte recibireis cien pistolas.

La amenaza bastaba solo para desatar la lengua de los lacayos. Esplicaron sinceramente cuanto podian esplicar.

Suponian tener que hacer con la *Señorita*, porque ya la habian servido en expediciones de este género. La persona que debian conducir llevaria su traje, quedaria sola á las once en el salon Amarillo del pabellon que habitaba; atravesaría el jardin hasta llegar á la puerta secreta, y diria al subir en el carruaje, dónde habia que conducirla y dónde dejarla.

Todos estos pormenores eran preciosas investigaciones para el conde, y no dudó de que fuese la hija de Gaston. Pensó que iba al campamento de los príncipes ó de Carlos de Lorena, y dedujo, que el asunto no podia ponerse de una manera mas favorable para apoderarse de Su Alteza.

Pero temiendo que dieran el aviso y se diera contra-orden, en lugar de esponerse á esperar inútilmente á la *Señorita* resolvió pasar á sorprenderla en su mismo pabellon. Esto era volver á su primer plan, pero con mas probabilidades de buen éxito.

(Se continuará.)

RAIMUNDO LULIO.

UNA PAGINA DE SU VIDA.

(Continuacion.)

III.

SARA.

Habian pasado unos dias desde el viage de Jimeno á la juderia. Era de noche. Las luces de Ciurana se habian apagado una tras otra, y el silencio era lúgubre, ya por efecto de la oscuridad, ya por las ráfagas de luz eléctrica que lanzaba la atmósfera cargada de gruesos nubarrones.

Todos descansaban en el castillo, y en la estancia del señor de Ciurana brillaba una luz vacilante. Don Gaspar se paseaba envuelto en una bata y dominado por una agitación extraordinaria: el capellan entró en aquel momento.

—¿Qué teneis, don Gaspar? Estais pálido como un di funto, y temblais como las hojas de un árbol, dijo el clérigo santiguándose.

—¡Ay Lotario!

—Me admiro de que todas las noches nos vais alarmando con vuestros insomnios, hijos de esa conciencia indecisa que acabará trastornando vuestro juicio.

—La sombra de mi esposa se me aparece todas las horas.

—Será algun sueño.

—¡Vision funesta!

—Olvidad á Sara, y no os acordeis mas de aquella malhadada niña, causa de tanta tragedia.

—No es posible.

—Haced á lo menos un esfuerzo para vivir tranquilo.

—Lo he procurado en vano, ¿dónde encontraré un asilo para huir de esos fantasmas sedientos de sangre, de esas sombras amenazadoras? Mientras hubo victimas en la cuna, fué vision homicida; ahora es una pesadilla como la tortura de un condenado.

—Me asustais.

—La he visto, si.

—Ilusiones.

—Pensais que es efecto del sueño, mas no es asi. He visto á Sara bella y altiva cual la conocí en los primeros dias de nuestro enlace; es verdad que sus mejillas estaban sin color y amoratados sus labios, mas era ella misma. He estrechado su mano en las mias y en mi frente he sentido rozar su aliento.

—Os conjuro ser mágica y diabólica tal aparicion, si es cierta. Cuitadla pues.

—Visiones de amor.

—Amor culpable, deseos lúbricos que á vuestra vejez están tentando por mano de Luzbel. Poco sabeis el arte abominable que usa aquel mal espiritu para alhagar nuestra flaqueza; desde el infierno envia á sus emisarios, los cuales, por medio de inspiraciones voluptuosas, fascinan la imaginacion ávida de deleites y en vez de seres reales, les ofrecen para sus deseos, cadáveres animados. Aquellas sensaciones que evocan muertos del sepulcro, son lazos infernales;

el cuerpo que creéis gozar es un inmundo esqueleto, y bajo la sombra aparente de Sara, existe allí el ángel malo.

—Lotario, no os acaloreis. Hoy mismo, durante la noche, he visto á mi esposa.

—Pues que vive todavía?

—Sin duda alguna cuando mis ojos pueden jurarlo. Al saber la funesta enfermedad de su hija, despues de tantos años de clausura, habrá huido del convento para darle un beso en vida.

—Mejor sería para ella, para vos y para esa niña, que Sara no existiese.

—¡Una madre!

—Abandonar el retiro, faltar á sus votos, huir del claustro, es un crimen imperdonable.

—Antes de entrar en el convento era madre.

—Es verdad. Un aborto maldito de sangre hebrea que tuvisteis la flaqueza de entroncar con la limpia estirpe de los Lulios.

—¡Oh Lotario! El agua del bautismo es mas poderosa que todas las preocupaciones mundanas para lavar esa mancha de la cuna.

—Es de fé, mas la lucha-incesante que los agarenos sostienen contra el lábaro, y los complots, sordos que de dia en dia se descubren entre los judios, hacen que la Iglesia tome sus medidas contra esa lepra contagiosa aislando á sus hijos no solo de los apestados, sino tambien de los dudosos.

—¡Desgraciada niña!

—Acaso mas dichosa que vos si el cielo á si la llama, dejémosla descansar.

—Mientras ella duerme el sueño de los ángeles, su madre sufre toda la amargura de la proscripcion, y yo mas que ella todavía.

Los dos ancianos regresaron á sus estancias cuando ya la aurora asomaba su crepúsculo, y las estrellas amortiguaban su brillo en el espacio. La atmósfera se habia descargado de la humedad; y vapores blancos formaban una larga faja paralela al Ebro despues de haberse disipado los nubarrones de la noche.

En el barrio judío se percibía una luz, y allí lo mismo que en el castillo, no faltaba quien velase. Daniel, el cómplice de don Jimeno, estaba sentado dentro del laboratorio de sus misteriosos brevajés y de pie frente á él, lloraba una muger. Era de mediana edad, y la demacracion pálida de su rostro, no impedía conocer que habia sido una hermosura perfecta. La dama tenia cabellos negros, frente magistosa, nariz recta y alto talle. Parecía allí un tipo de la beldad agonizando. Vestía trage talar blanco y llevaba un velo negro.

—Hermana, decia en aquel entonces el judío, cada palabra que pronuncias es una blasfemia.

—Soy madre.

—Tu culpable pasion te ha perdido.

—La salud de mi hija.

—Es inútil, tu muda vigilancia y la ciencia de Raimundo no ha de ser bastante para hacer un milagro. Aquí en la tierra de proscripcion y de llanto, no habrá ventura ni aun para esa rama de sangre hebrea; tu hija pertenece á la grey de nuestros verdugos y ha de morir.

—¡Horrible venganza!

—Lo juré sobre la tumba de mi padre.

—¡Cobarde crueldad!

—Ya que fué poco para tu obcecación, el castigo que el Dios de Israel impuso á tus primeros hijos, no estrañes sea implacable su justicia.

—¿Númen atroz!

—Tus ojos perjuros solo miran al lazo mundano y no ven la ley de Sináí.

—¿Eres un mónstruo!

—Hablen nuestros padres desde el sepulcro: ¿qué te dicen? Hija infiel has renegado de las creencias de tus pasados: la mano que derramó tanta sangre teñida todavía con la tuya, te ha conducido á un altar, y el exterminador de nuestra raza es tu esposo. Has mentido ante Dios, Sara, y para ti ya no hay perdón. ¡Oh! ¿Lloras? No son lágrimas las que piden esas víctimas del furor de los cristianos. Cuando el poder de Aragón conquistó á Ciurana y hubo vencido á los hijos de Ismael, ¿por qué se ensañó contra nuestra secta? La codicia mas inhumana aguzó su puñal y fueron asesinados cien ismaelitas porque eran ricos. Nuestros tesoros, acu-

de su martirio? dormías en la cuna cuando las huestes cristianas, despues de haber conquistado á Ciurana, bajaron á este barrio pobre é indefenso. Cien infelices se postraron á los pies de aquellos sayones implorando por la vida; ¿sabes lo que respondieron los nazarenos? ¡Oro, oro! Palabra fatídica que tras el robo trajo el asesinato entre nosotros. El anciano, el niño, la madre, la hija perecieron á manos de su rapáz codicia y el fuego acabó con nuestras chozas, de diez familias quedamos dos solos con vida; tú olvidada en la cuna, yo escondido en un pozo. Cuando estuvo satisfecha la brutalidad de los guerreros, regresaron al castillo, yo salí de mi escondite. Encontré ardiendo la casa y te salvé de las llamas que rodeaban tu sueño. Mas ¡ay! mi madre yacía exánime á tu lado y mi padre agonizaba. Sobre un montón de cadáveres. Abracé su cuerpo sangriento y recibí su último á Dios, entre bascas de la muerte.

«Solo quedas, hijo mio, de toda la tribu; hemos sufrido el estermínio de Benjamin. He visto á tu madre en brazos



Raimundo ofreció la copa á Jimeno, el cual huyó gritando: No, no...—Pág. 435.

mulados á fuerza de privaciones y de ultrages, pasaron á manos del mas fuerte y hasta nos robaron á nuestras esposas é hijas.

—Entonces era yo una niña.

—Culpa tuya es la ignorancia.

—Otra ley me enseñaron y no supe orar sino al Señor que murió en la Cruz.

—Esta fué tu fatalidad. Por tal motivo, previendo que tus hijos serian educados en el culto del Mesias y llegarían con el tiempo á ser nuestros enemigos, vibré sobre su seno el cuchillo de Abraham y murieron antes de pertenecer al rebaño de Cristo.

—Te engañas, Daniel. Ademas del bautismo de paz hay el de sangre.

—A mi poco me importa.

—Es el ¡ay! de una madre.

—¡Ah! ¿has olvidado el de tus padres? ¿No te acuerdas

agenos y tras la deshonra ha venido un puñal para acabar con ella. Salva á tu hermana, y huid de esta tierra inhospitalaria: Dios velará por vosotros. Escucha, Daniel: no dejes sin venganza nuestra muerte....» Así habló mi padre antes de espirar. ¿Qué diré cuando se me pida cuenta de mi deber?

—Como Jesus desde la Cruz perdonó á sus verdugos así debias haber perdonado.

—¿Yo tener compasion de los cristianos?

—Tampoco la tendrán de tí.

—Entre ellos y yo media Dios, la sangre derramada y la venganza.

—Cruel conmigo has sido, no con ellos.

—Vuelve á tu primer creencia, y olvidaré tu crimen.

—Soy cristiana.

—Pues sufre y calla. He apartado de tí la espada que debia herirte, mas seré implacable con tus hijos.

—¿Por qué no haberme matado antes de tenerlos?

—No es mía la culpa. Cuando hui de la carnicería de este barrio encontré un asilo en casa de Baltasar, antiguo compañero de nuestro padre; diez años estuvimos en Mallorca y nada supimos de tí, pues fuiste arrebatada de mis manos: allí llegaron las nuevas de tu enlace con el verdugo de nuestra familia: eras ya su esposa, estabas bautizada é ibas á ser madre. Entre los dos se alzó un abismo y los lazos de sangre desaparecieron ante el voto de la venganza prometida á mi padre en su última hora, fui testigo de tus caricias y de tus flaquezas, probé devolverte á tu primera fé, mas tu corazón dominado por el amor de ese castellano, no escuchó mis súplicas. Abrí tus ojos y te enseñé tu cuna; vanas fueron mis razones y sorda tu ceguedad. ¿Crees que el privar de vida á aquellas criaturas fué una desgracia para ellos? Su inocencia quedó sin mancha recibiendo al nacer una muerte que ante el Señor fué su salvacion. Y al ver la desesperacion en la casa de los Lulios, me figuré aplacadas las sombras de tantos mártires inmolados en este sitio por la ferocidad de los cristianos. Uno solo se ha escapado de mi venganza.

—¿Seria posible? ¿Vive mi hijo?

—Lo ignoro.

—Cansado de ver el luto destructor de tu hermana te apiadaste de él.

—No: otros lo salvaron.

—¿Dónde está?

—Jamás he sabido de él.

—A lo menos no mates á mi hija. El voto que hice de vivir en la soledad de un claustro, fué bajo el pacto de que tu venganza perdonaria á esa niña. Bajé al sepulcro, hui de todo consuelo, mas creyendo salvarla.

—Sí; es cierto.

—Y si he venido para verla moribunda...

—He consentido en ello.

—¡Oh! piedad para ella.

—Sea así, pero escucha el anatema que el cielo ha lanzado sobre tu familia. Rama proscrita de sangre hebrea, estas condenada á divagar por el camino del dolor hasta el día en que Dios ponga término al cautiverio de Israel. Esa nueva Ninive toca á su fin, y dentro de pocos años concluye la prueba; entonces regresaremos á Jerusalem, ¿y tú dónde estarás? Cuando mis hermanos noten tu ausencia, ¿he de decir que has muerto ó que blasfemaste? Quisiera verte, Sara, al lado de la hoguera que la mano de Roma enciende para convertirnos en cenizas. Las sacrosantas leyes de Moisés han sido comentadas, proscribese la circuncision y somos el escarnio, la befa de los pueblos. La codicia nos usurpa nuestros tesoros, y la espada nos hiere sin que haya delito en robarnos ó matarnos. ¿Y tú, muger degenerada, quieres detener el brazo de mi venganza? Sombra de Samuel, ven á ayudarme y dame tu acero para exterminar la raza del nuevo Agag que ha perdonado otro Saul.

—¿Y si otra vez fuese tu hermana?

—Lo hubieses sido si en vez del culto que abrazaste hubieras conservado tu corazón para tus hermanos, ya que esa belleza de que hiciste gala fué el premio del conquistador.

—Daniel, no ofendí á Dios, ni fui infiel al ser bautizada; apenas me acuerdo de aquel día.

—Dejémos esos certámenes que deshonran al hebreo.

—Salva á mi hija.

—El Señor puede hacerlo: en cuanto á mi, te juro por el nombre de Moisés, olvidarla.

—Hermano, gracias. Es para mí la mayor dicha sacrificarme por una hija que me queda. Bien lo sabes: cada vez que tu puñal robó á mi seno el fruto del amor, todos creyeron ser castigo misterioso aquel infanticidio, yo no dudé un momento era un acto de venganza. Sufrí y callé ¿que mas hacer pude?

—¿Te figuras, Sara, que me arredra el temor del tormento? Una hora mas ó menos de vida, un dolor breve ó largo nada significan cuando se cumple el deber.



Mosen Lotario, estoy en la agonía, y no hay remedio para mi cuerpo.—Pág. 435.

—¿Y mi hija?

—Ya te lo he dicho y repito: mi mano ha envejecido y mi padre está vengado. Si ella muere no seré yo quien te prive de su existencia.

—Daniel, bajo tu sagrada promesa vuelvo á la clausura.

—Vete, vete: Dios tenga lastima de tí.

IV.

MARIA.

La hija de don Gaspar Lulio, fruto de su himeneo con la niña que quedó de la matanza en la judería de la Ciurana, era una jóven de veinte años, algo pequeña de estatura, de rostro moreno, cuya cabellera de color castaño, caía sobre su cuello en finas madejas, tenia ojos pardos que espresaban mucha dulzura á pesar de su tinte melancólico. A su habitual palidez sucedia á menudo una rosa en cada megilla; entonces el médico auguraba mal pronóstico y Lotario no se movia de la capilla, tocando las campanas á la oracion. Con

todo de unos dias habia mejorado sensiblemente: la enferma recobraba lentamente sus carnes, disminuía la amarillez del cutis y sus ojos respiraban un rayo de alegría. Aquella metamorfosis la atribuía el vulgo á sortilegios, el padre á la ciencia y la hija al amor.

Dos dias despues del despedido de Sara era domingo, y los vecinos de Ciurana visitaban á la Virgen en pública procesion, el gaitero daba una serenata á la heredera del castillo, y Maria, vestida de blanco asomada á la ventana: sonreía á la música del Trovador, daba limosnas á los pobres y aspiraba un sol de invierno, tibio y sin celajes.

Jimeno de pie á su lado platicaba con Raimundo sobre la medicina.

—Es un milagro la mejora de mi prima, decia Jimeno, y á fé que el viejo Lotario lo atribuye á magia negra.

—Es un efecto sencillo de un remedio mas sencillo aun, respondió el fisico riendo: á la falta de tono en el cuerpo humano, se suple un estímulo y á la inapetencia un condimento. La juventud es rica en recursos y solo se necesita ayudarla, cuando va por un buen camino ó contenerla si se precipita.

—¿Y no temeis otra recaída?

—No.

—Pensad que por dos veces ha retonado esa fiebre fatal.

—Es cierto, mas la naturaleza ha triunfado y la reaccion es segura.

—¿No sospechais en las causas de su enfermedad?

La medicina no trata de inquirir sino de curar.

—Quizás la fatalidad que pesa sobre la familia de los Lu-
lios ha motivado su dolencia.

—He meditado sobre esa lamentable historia y no puedo acordarme de ella sin estremecerme. Tras ese drama sangriento hay una mano vengativa y á buen seguro no es castigo sobrenatural el asesinato de los hijos de Sara.

—Tambien lo creo.

—Esas persecuciones dolorosas á que han dado lugar los sectarios de Moisés, tienen eco en el corazon hebreo; á las proscripciones doblan la cerviz, á las demandas del fisco desentierran sus tesoros, á las pasiones de los guerreros entregan sus mugeres, mas la cólera y el disimulo, son terribles en esa raza. Siempre que oireis relatar un envenenamiento ó la desaparicion de algun niño, el nombre judío va unido al crimen; unas veces sin razon, otras con justicia. Es una consecuencia legítima de la opresion ejercida contra unos sectarios fanáticos y codiciosos, cuyo único recurso ha sido el estudio profundo del arte de disimular. Ellos son sabios, sobrios, activos, y ocupan los primeros cargos en las cortes, merced á su intriga sorda y al vil interés que prestan á los reyes; son los únicos médicos en la Europa y á los judíos debo yo cuantos secretos conozco.

—Por vuestras relaciones con ellos duda el público de vuestra fé.

—¡Oh! ¡dudas y mas dudas! Miserables calumnias de la envidia.

—Como nadie sabe el nombre de vuestros padres...

—Ignoro si debo mi existencia á un desliz, ó si soy hijo de algun infiel: para mi conciencia poco importa. Soy cristiano y basta.

—Pero amais al prójimo sin distincion.

—¿Cuándo el Verbo Encarnado murió en la Cruz, dijo acaso que derramaba su sangre para la redencion de este

y no de aquel? ¡Oh! mundo de ignorancia, la virtud de Dios es la caridad. Poseído del amor busco en vano entre los hombres á los sucesores del Pastor que murió por sus ovejas. ¿Qué es lo que se encuentra aqui? El aislamiento en el cláustro para los que tienen sus ojos abiertos á la luz y la inhumanidad en la plebe. En vano desde Roma se escribe en carácter de fuego y en cien mil dialectos la moral del Decálogo, los creyentes aman á Dios y odian al prójimo porque va errado, cuando su ceguedad deberia avivar la caridad de los fieles. ¿Me creéis? Tengo mas cariño á un pobre hebreo ó á un musulman, que á los mismos cristianos: estos para nada me necesitan, y aquellos van por un camino engañoso. ¿Quién necesita del médico, el enfermo ó el sano?

—Es amor al prójimo vuestro dogma.

—Raimundo, llamó la jóven á media voz, dejaos de cuestiones filosóficas y venid á la ventana. Sed médico y no apóstol.

—¡Celosa! dijo él.

—¡Oh sí! Lo estoy hasta de los enfermos que curais.

—La ciencia no disminuye sino que aumenta mi cariño, murmuró Raimundo al oído de Maria.

—¡Gracias! respondió ella con una mirada mas elocuente que una palabra.

—Primo, prosiguió, dirigiendose á Jimeno que les daba la espalda, hoy serás mi copero mayor y te calzaré espuela de oro.

El jóven se levantó por un movimiento eléctrico. Sobre una mesa estaba una copa de plata.

—Acepto, dijo.

—Toma la copa y sirveme.

—Está vacía.

—Y no sabes de qué llenarla ¿no es verdad? dijo sonriéndose la jóven.

Jimeno se puso espantosamente pálido.

—Es un bálsamo que he aprendido á componer de los judíos.

—¡Oh! ¿qué dices Raimundo? ¿Y saben esos infelices secretos de tanta importancia?

—Ellos me enseñaron para que yo supiese salvarte.

—¡Para ser enteramente tuya! balbuceó ella en voz baja.

—Vamos, Jimeno, sirveme repuso Maria.

—En buen apuro se encuentra con la copa vacía.

—Que la llene Raimundo y me sirva Jimeno, dijo ella, la amistad os unirá conmigo.

—Traed el frasco verde de la mesa de mi estancia y seréis completo caballero, suplicó Raimundo al primo.

Jimeno salió precipitadamente.

—Le he despedido porque estaba de mas, dijo Maria.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar contigo.

—Di pues... que va á volver luego.

—Quiero decirte...

—Acaba... oigo pisadas.

—¡Qué te amo! prorumpió ella alargando su mano á Raimundo que la llenó de besos.

—Juicio, señor médico.

Jimeno entró en aquel entonces. El frasco verde que traía en las manos estaba lleno de un liquido oscuro y pegajoso que rebotaba.

—¿Y el tapon? preguntó Raimundo.

—Habrá caído al venir aquí.

—Siempre vas á prisa: dijo María, con tal que no hayas probado el bálsamo.

—¡Oh no!, respondió Jimeno y dejando el frasco se hizo á un lado como si la botella contuviese viboras.

—¡Medroso!

Raimundo cogió la copa con la izquierda y dejó caer en ella hasta veinte gotas del licor negruzco; luego con la derecha la ofreció á Jimeno, el cual huyó gritando.

—No, no ..

—Está lejos el importuno y ahora me dirás si tu amor es verdadero como el mio.

—¿Si te amo? exclamó el médico dejando la copa.

—Calla y escucha. Sé como tú mismo hasta donde llega tu afecto. Cuando aquí te vi por vez primera, ninguna esperanza habia para mí en la tierra: mis manos marchitas y frias apenas eran sensibles al tacto; mis ojos estaban velados por nubes continuas; torpe y seca mi lengua se negaba á la palabra; mis pies endebles ya no podian sostener al cuerpo y toda la naturaleza decaia. Pensé habia nacido para morir y me resigné poco á poco á la idea de otra vida.

—Y te amé desde aquel dia.

—Lo sé, Raimundo: mas entonces apesar de tus esperanzas y del alivio que encontré momentáneamente, no confié en el milagro. Veia mi existencia sostenerse de un hilo flotando á la fuerza de la fiebre; el pecho respiraba con pena y el aire que absorbía era dañoso. Lo conocia; y luego que tú me hablaste de la vida y de sus encantos, no quise morir ya, y tuve miedo.

—¿Quién no lo tuviera al verse joven tan próxima al sepulcro? Cuando todos miraban ya perdida esa niña preciosa, única hija de los Lulios; cuando la tristeza imponia su sello destructor en tu rostro y reinaba el llanto en tu casa, entonces te vi y te amé.

Sufri al ver tus pálidas mejillas negarse á la sonrisa, lo que un reo sufre en el tormento; y ansiando volverte á la vida dije: ¡Dios mio! ¡Es un ángel, dádmele y os amaré mas si es posible! El Señor oyó mis oraciones y á ellas mas que á esas pocimas debiste tu curacion y nuestra dicha. Tú, postrada en el lecho ignorabas la causa de ese morbo funesto que tantas víctimas roba á la juventud; esperabas una hora, un dia mas... Yo, al principio, ageno á todo sentimiento de ternura, vine solo para asistir á una enferma. Si, te vi, hermosa, melancólica, y moribunda... Al mirar tu rostro distinguí en esos dulces ojos el germen de un amor, que el labio no habia espresado; en tu lánguida tristeza comprendí un virgen corazon ansioso de sensaciones; y el mio que anhelaba esa felicidad inmensa, lo supo conocer. Vi á la muerte, que cual rival airada tentaba disputarme tu ternura y luché con ella. ¡Oh! no dudé vencerla; porque tengo fé en mi ciencia, y el cielo ha querido concederme un rayo de gloria dé en este mundo.

—Raimundo mio, la dicha ha sido completa para mí que era ya muerta para todos, y á ti te debo la existencia y la felicidad...

Tú mezclas á mi pobre mente en un sueño de dulces esperanzas, yo, al verme devorada por la fiebre y embebecida con tus miradas, no podia consentir en dejar la vida, porque mi corazon deseaba. También latió mi seno y una sensacion desconocida vino á animarle: era amor, Raimundo, y no lo supe hasta oirlo de tus labios.

—Callé mientras la muerte disputó su presa; cuando el arte triunfó, ya no pude ocultar esa pasion que me devora.

—Si un hombre maduro tal la siente, ¿cómo no ha de sentir la mi alma tierna que solo por el amor suspiraba, y que ha vuelto á la vida con este deseo? ¡Oh! Raimundo, Raimundo, viera mi rostro colorarse al impulso de tus bálsamos y respirar el pecho con desahogo; plácido reposo reemplazó á mis agitadas ansias, y mis ojos se abrieron á la luz: la enferma fué mejorando y mi corazon ha sido feliz. ¡Oh! ¿cuándo seré tuya?

—Luego que estés restablecida.

—¿No lo estoy ya, señor médico?

—Prefiero esperar algunos dias y asi ningun peligro corre tu salud para mí tan cara. Ahora que vas recobrando fuerzas y tus contornos embellecen, seria un crimen no dejar á la naturaleza que complete su obra.

—¿Y todavía mas pocimas?

—Ingrata, ¿á quién debes tu curacion?

—No se enfade el señor físico: para complacerle estoy pronta á vaciar el frasco.

—Y nos habíamos olvidado de él.

—Vamos, sírveme.

Raimundo volvió á traer la copa que presentó á la joven.

—Raimundo, dijo María al acercarla á sus labios, será una preocupacion de niña, pero temo esta vez no me haga daño ese licor, porque mi boca lo repugna.

—Un capricho.

—Será como tú dices, y no por ello dejaré de beberlo. Mas ¡ay! si te hubieses equivocado, si esa copa engañase....

—¿A qué viene tal duda?

—Temo morir porque te amo.

—Por mi amor lo haces.

—Sí, por tí solo.

Y María apuró la copa.

V.

LOTARIO.

Estaba señalado ya el dia para el enlace de la hija del castellano de Ciurana y á la melancolia de don Gaspar habia sucedido una alegría estremada; hasta el mismo Lotario parecia menos sombrío en sus sermones, y si no aprobaba el casamiento de María, á lo menos habia celebrado sus paces con Raimundo, á quien llamaba cristiano nuevo. Únicamente la joven estaba triste. ¿Era efecto de la proximidad de un deseo satisfecho, ó algun oculto pesar en su corazon de virgen? fué necesario el misterio de la confesion para saberlo.

Jimeno yacia en cama enfermo de un mal desconocido: no queria le viese Raimundo, y hasta que vió acercarse la última hora estuvo solo y callado. Cuando conoció la gravedad de su estado, hizo llamar al capellan y le dijo:

—Mosen Lotario, estoy en la agonía, y comprendo no hay remedio para mi cuerpo.

—Es muy estraña esa enfermedad repentina, y mas aun lo que me dices. Quizás.....

—Hasta hoy he sospechado, ahora ya no dudo, lo veo bien cierto

—¿Qué es lo que sospechas ó crees?

—Estoy envenenado.

—¡Santo Dios!
 —¡Oh! es justo castigo del cielo.
 —Pero Jimeno, es horrible cuanto oigo.
 —El asesino ha sido víctima.
 —Vamos, deliras, hijo mio. Asesinatos, venenos, castigos divinos..... tu cabeza no está buena!
 —Lotario, hay un día para todos, y lo que pensais ser un delirio, es mi confesion postrera. Gracias á Dios, mi juicio ve claro, y si os he mandado llamar ha sido para lograr un perdón que dudo si es posible alcanzar.
 —Dudar de la misericordia del Señor es un pecado abominable.
 —No dudo de su bondad, desconfió de mi culpa, que tenga tiempo de borrarla.
 —Un momento basta, si es sincero el arrepentimiento.
 —Escuchad, mosen Lotario. Cuando mi tío envió á buscar á Raimundo, amaba yo á mi prima, y era amado. Ese médico con sus artes se hizo dueño del corazón de María, y fui olvidado. La envidia y aun mas, la codicia, agriaron mi des-

—Decid, Lotario, estoy pronto.
 —Hijo mio, Saulo fué idólatra y se convirtió, muchos han abrazado la fé, mas son contados los que han hecho penitencia.
 —Mosen Lotario, ¿no habrá perdón si hay dolor?
 —Si es verdadero, ¿quién sabe? En la balanza del juicio un grano de dolor puede inclinar el platillo de la misericordia.
 —¡Dios mio, tened piedad de mi alma en esta hora!
 —Jimeno, temo que el miedo á la muerte es el que te obliga á orar al Señor.
 —Pediré perdón á María.
 —¿Salvará acaso su existencia del veneno?
 —Me postraré ante mi tío y confesaré mi culpa.
 —De poco te servirá su perdón.
 —¿Qué he de hacer, pues?
 —Jimeno, llora amargamente tus pecados, y Dios te abra sus brazos.
 —Pocas lágrimas me quedan ya para derramar: los ojos se van secando y queda la vista cubierta por un velo. Lo-



¡Sois madre de María! exclamó el jóven con sorpresa.—Pág. 137.

pecho, y ya que no pude lograr mi deseo, pensé en la venganza.

—¡Desgraciado!
 —Compré á Daniel un veneno y lo derramé en el líquido que tomaba mi prima.
 —¡Gran Dios!
 —Y para que no se descubriese mi delito hice matar al judío que me vendió el veneno.
 —¡Virgen santísima! exclamó el capellan cayendo de rodillas.
 —Soy un asesino, y estoy condenado.
 —¡Señor, acordaos de David y de Magdalena!
 —He sido castigado en vida. Daniel, sospechando mi precaucion, me ha envenenado tambien.
 —Jimeno, necesitas la gracia toda del cielo para ser perdonado.

tario, decid á mi tío y á María que necesito su perdón.

Quando don Gaspar entró en la estancia con su hija, Jimeno entraba en agonia, precedida por convulsiones y un estertor acompañado del hipo.

—¡Jimeno! aqui estamos, dijo Lotario.

El moribundo quiso abrir los ojos, mas los párpados cayeron; probó hablar, y solo pudo tartamudear incomprensibles monosílabos.

—¿Vive todavía? preguntó María.

—Hace poco le he encontrado contrito y dispuesto á la penitencia por sus enormes culpas.

—¿Qué decis, Lotario?

—¿Y confesó?

—El labio tiembla de repetir sus palabras.

—Acabad, por Dios.

—Cómplice del hebreo Daniel, preparó un veneno.....

- ¡Un veneno!
- Para vengarse del desdén de vuestra hija, y con objeto de heredar vuestra fortuna.
- ¡Imposible! exclamó don Gaspar.
- ¿Es verdad, Jimeno? preguntó Lotario.
- Un sí ronco y claro salió de la boca del moribundo.
- ¿Y el veneno?
- ¡Está en mi pecho! gritó María.
- ¡Desvarío!
- Es cierto, don Gaspar, esta niña bebió el fatal tósigo.
- ¡Oh! ¡Ahora comprendo ese misterio! Mi hija ha sido envenenada dos ó tres veces por ese infame judío; mas Raimundo la ha salvado. Hija mía, no morirás víctima de la maldad de un monstruo de nuestra misma sangre.
- El enfermo quiere hablar, dijo Lotario.



Raimundo tiró el frasco por la ventana al abismo .. —Pág. 139.

Acercáronse á la cama, y Jimeno murmuró sordamente:

—¡Perdon! ¡perdon!

—Dios tenga lástima de tu crimen, exclamó el castellano, si hay remordimientos.

—Ha muerto ya, dijo el capellan cubriendo el rostro del cadáver.

VI.

UNA MADRE.

Mientras acontecia en Ciurana el drama cuyo desenlace llevaba consigo la muerte de Jimeno, despues de la de Daniel, Raimundo se encontraba en la casa de este último. Un billete misterioso le habia citado allí para el día aquel y aguardaba con ánsia el resultado de una entrevista que

TOMO XII.

debía descubrirle el arcano de su cuna. La morada del hebreo hacia unos días estaba abandonada, desde que su dueño fué encontrado en ella cosido á puñaladas. Raimundo empujó la puerta que cedió fácilmente, y se halló solo en un patio estrecho en donde dormía Daniel su postrer sueño. Tendió el médico sus miradas por todos lados, registró las estancias de la casa, y solo encontró el silencio y la soledad. Un lago de sangre cuajada servia de alfombra al cadáver del hebreo, y sus manos estaban mutiladas. El color de la sangre y la poca putrefacción del difunto, dieron á comprender á Raimundo que Daniel habia sido asesinado de pocos días: una lámpara tirada al suelo, indicaba que el judío ó sus enemigos tenían luz, y que fue nocturna aquella catástrofe. El jóven se inclinó sobre el pavimento, y vió una palabra escrita ó delineada por el dedo del moribundo antes de ser cortada su mano: aquellas letras trazadas con sangre, revelaban el nombre del matador, ó á lo menos podia creerse así.

Raimundo estuvo largo rato meditando acerca de la muerte de Daniel, y no se apercibió de que no estaba solo.

—¿Hay quien llora en esta casa? preguntó á Raimundo una muger cubierta de pies á cabeza con un velo negro.

—No es mengua el derramar una lágrima aunque sea por un gran criminal espirando en un patíbulo.

—Os conozco, Raimundo, en este lenguaje del corazón. Al concederos el cielo ese don precioso que salva nuestra existencia, no escaseó su gracia en haceros noble y compasivo.

—Es verdad, señora, y me complace en decirlo; soy sensible, esta es mi única nobleza.

—¿Y no estais orgulloso con ella?

—Soy feliz, y lo soy demasiado para pensar en el orgullo.

—Raimundo, hace tiempo que os buscaba.

—¿Estaríais enferma?

—Soy hermana de Daniel, y he sido esposa de don Gaspar.

—¡Sois madre de María! exclamó el jóven en el colmo de la sorpresa.

—Huérfana en la matanza de Ciurana, y abandonada entre cadáveres y ruinas, fui educada en la fé cristiana por la caridad de Lulio. Dió un asilo á mi infancia, un camino á mi inocencia, y un amor á mi corazón. El mundo vió siempre en mi frente la mancha de los hebreos, y atribuyó castigo sobrenatural la venganza de mi hermano.

—¿Cómo, Daniel fue el asesino de vuestros hijos?

—Así me lo ha confesado, y en la postrer hora no se miente.

—¡Fanatismo implacable!

—Y yo víctima de las preocupaciones de los Lulios, tuve que renunciar á mi esposo, á mi hija, á la dicha y á toda esperanza. ¡A lo menos hubiesen sido dichosos!

—¿Qué decís?

—La venganza de Daniel alcanza todavía á mi pobre hija.

—¡Ciego que he sido! ¿O está envenenada?

—Es cierto.

—¿Y no la vez primera?

—Jimeno y mi hermano han probado en varias ocasiones...

—Lo comprendo, si, y leo bien claro ese pasado tan sombrío en la existencia de la desgraciada niña. Y ahora, ¿de qué tósigo se han valido?

—Lo ignoro; mas Daniel al verse herido por la mano de Jimeno, ha querido frustrar los planes abominables de este

primo traidor, y antes de morir me ha entregado un antidoto seguro contra el veneno.

—¡Oh! dádme, señora, los momentos son preciosos.

—No temáis, Raimundo: es lento el efecto de ese funesto tósigo, y siempre, hasta el último suspiro, es eficaz el bálsamo.

—Lo creo; mas mi corazón sufre con la tardanza.

—¿Y no me preguntáis por el motivo de nuestra cita?

—¡Ah! me había olvidado ya.

—¿Tampoco os interesa conocer vuestra familia y poseer un nombre?

—Señora, hubo un tiempo en que anhelé vivamente saber quienes fueron mis padres, y lograr de ellos un rango en el mundo social. Hoy día, nada quiero deber sino á mí mismo: poco me importa averiguar mi cuna. Ya que fui abandonado por mis padres, en paz les dejo.

—Raimundo, fuiste robado cuando niño, y tus padres todavía están llorando por ti.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Eres otra de las víctimas de Daniel.

—¡Gran Dios!

—Fruto de un himeneo desgraciado....

—Callad, señora.

—Tú solo quedaste con vida.

—¡Oh!

—¿Y desechará el seno de una madre?

—¡Dios eterno!

—¡Raimundo!

—Acabad por compasión. Sois....

—Tu madre.

—¡Oh! no, imposible.

—Hijo mío, apenas nacido, fuiste arrebatado de mi lado, y cuando hoy vuelvo á verte, huyes con horror de mi presencia.

—¿Por qué Dios os hizo madre?

—¡Ah! eres mas cruel que mi hermano.

—Perdonad, no sé lo que digo.

—¡Hijo querido!

—¿Y María?....

—Es tu hermana.

—¿Mi hermana! ¡Y ha de ser mi esposa!

—¿Esposa? nunca. Entre los dos media la abominación de la sangre. ¿Y qué, no hay amor....

—Callad, callad: habéis amado y no sabéis lo que es pasión. Cuando después de tantos deseos esperaba llegar á ese momento de delirio, hora de goces celestiales para un corazón puro y ansioso, despierto de un sueño para oír esa palabra fatal, para tocar una mano de hielo: aquella me llama hermano, y ésta desencanta una vida entera de ilusiones. Razon tenía la muerte en llevársela, y yo no sospeché esa mancha sobre un ángel. Fatalidad sobre tí, raza de los Lulios; para lavar la impureza del tronco, Dios castiga á las ramas.

—¡Ay Raimundo!

—¿Llorais, señora? ¿Qué son las lágrimas comparadas con la inmensidad del dolor? Vos sois madre, habéis abandonado al esposo y á los hijos sacrificando la pasión á lo que creéis era un deber. Pues bien, os lo digo, vos no habéis amado. Yo, vagando por la tierra, sin pasado ni porvenir, creí en Dios, porque existía, y sospeché en el amor porque siento. Y vi á esa niña pálida, muriéndose por falta del ambiente del amor.... Maldito fué aquel día en que mis ojos comprendieron su hermosura, y mi necio orgullo se creyó

robar la felicidad al mismo cielo. ¡Oh! Sufro lo que no puede concebir la posibilidad humana.

—¿Y no habrá una palabra de hijo para tu madre?

—Perdonadme; el corazón solo tiene un ídolo, como el mundo un solo Dios.

—¿Y me aborreces porque soy tu madre?

—No, no sois culpable conmigo; soy vuestro hijo. Os amo, y quizás á vos sola hubiese amado si antes os hubiese conocido.

—El Señor se apiadará de tí, hijo mío, y seremos felices.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Aquí.

—¡Oh! no. He de huir de esa ilusión incestuosa que la infeliz despierta en mi seno. La amo demasiado para pensar en que pueda conocer la menor impureza. Si, debe morir, porque un alma cándida, acaso no resistiría á la violencia de la pasión en lucha con el crimen. Es bien cierto que pronto ó tarde debía perderla, y fuera el mismo luto siempre.

—No está perdida la esperanza de salvarla.

—¿Para qué necesita ya la vida?

—¡Oh! moriría con ella.

—Ya podéis morir, señora. Vos habéis gozado, yo nunca; y ella no sabrá lo que es deleite.... jamás.

—Y Daniel me ha prometido en su última hora que este bálsamo....

—Dádme, madre, y..... perdonadme.

—¿Te vas ya?

—Al castillo.

—Iré contigo.

—Vos, mas tarde.

VII.

LA AGONÍA.

La tempestad ha pasado sobre los montes de Prades, y las aguas han aumentado los torrentes y las cascadas. E, tranquilo Ciurana con su corriente turbia y bulliciosa, amenaza salir de su cauce ordinario, mientras que el sol brilla suavemente hácia su ocaso, entre nubes blancas, restos de la inmensa sábana de las aguas.

—En la galería occidental del castillo, está la joven heredera sentada en un sillón, y el médico á su lado. María pálida como una rosa sin color, observa á lo lejos el sol que huye, y Raimundo, con las facciones desencajadas, la contempla taciturno. Son dos astrós que van apagándose. La niña suspira, y el joven llora.

—Raimundo, dijo al fin; bien sabes cuántas veces he deseado abandonar una existencia devorada por la fiebre que la consumía poco á poco. Mas ahora que soy tan feliz, ¿de qué me ha servido tu amor? Me salvaste ayer para verme morir hoy. ¡Oh! morir ¿no es así? Imposible me parece dejar la vida cuando con ella podía ser tuya. No me engañes, Raimundo ¿es preciso renunciar á toda esperanza, y habré de perecer víctima de ese veneno que corroe mis entrañas? ¿Un remedio no habrá que prolongue el aliento de un corazón que solo por amor suspira?

Mientras la joven hablaba, Raimundo, fijas sus miradas en el suelo, parecía absorto en la inmensidad de su dolor, ni oía ni veía á María.

—Veo al sol, continuó ella, declinando hacia el ocaso; mas se apagará hoy para volver mañana. Yo no tengo sino un ocaso que es la tumba. ¿Y dónde volverá á encontrarte mi alma, si privada de los sentidos no será capaz de gozar?

—¡En el cielo! murmuró con voz apagada Raimundo.

—Hay, sí, un paraíso para el espíritu cuando el cuerpo duerma.

—¡Imposible! exclamó el médico hablando consigo.

—¡Desdichada muger, que solo has nacido para morir! ¿En el mundo nada puedes ya para salvarme?

—Nada.

—¡Soy perdida! Fatalidad fué para mí haberte conocido, Raimundo, porque ignoraba lo que es amor, y detestaba la existencia morbosa que me consumía. Ahora..... lo que siento...

María alargó la mano al joven, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

—¡Oh! mírame, Raimundo, es amor lo que siento. En mi juventud enfermiza no pude sospechar que la vida fuese un día tan grata á mi corazón, y que llegase á conocer el verdadero dolor. ¡Oh Raimundo, perdóname, apenas sé lo que digo!

—Dios maldice mi sacrificio, dijo el joven.

—¿Cuando tu mano destiló aquel bálsamo que me libró por una vez de la agonía, ni una gota dejó de él para hoy?

—Ninguna, respondió con resolución.

—Vete, pues: déjame morir si no has de salvarme.

—¡Oh! ¡Dejarla sucumbir cuando aquí tengo para volverla á la vida! Pensó Raimundo.

—¡Adios, adios! exclamó la joven viendo apagarse al sol tras la niebla en el ocaso, luz querida, ya no te he de ver mas. Cuán funesto me ha sido tu cariño, Raimundo, pues que me has hecho apurar la copa de la amargura sin dejarme llegar á ser feliz.

El médico se levantó azorado exclamando:

—No puedo resistir ya.

—Raimundo, llamó María; no me abandones.

—Sí, la puedo salvar, murmuraba él paseándose por la estancia; pero para no conocer su amor.... Ella tan pura, no es capaz de sospechar que un delito pueda mancillar su inocencia. Y yo habré de verla titubear entre el deseo y el crimen cuando la muerte no ve en ella sino á un ángel. Un corazón inmaculado espuesto día por día, hora por hora á la sensación devoradora de ese amor desgraciado.... No: muera con ella el secreto de nuestra fatalidad, y así no sabrá la infeliz que ese amor pudiese ser abominable..

—¡Ay Raimundo! Voy á morir, y en vez de pensar en el cielo, tan solo me acuerdo de tu cariño.

—Es un crimen mi duda, continuó Raimundo; pero debo cometerle para salvarla.

—Mis ojos se van opacando....

Raimundo se acercó á la ventana, teniendo en la mano el frasco del precioso bálsamo.

—¿Quién será el que deje morir á esa niña pudiendo salvarla?

—Mis labios están secos... Dame esa pocion, Raimundo...

El joven titubeaba llorando amargamente.

—¡La duda me mata, y todavía dudo! Si vive esa infeliz quizás en el mundo será víctima de un amor que la hará mil veces mas desdichada. Si la dejo morir..... solo yo seré el culpable. Muera, muera.

Raimundo tiró el frasco por la ventana al abismo, y el licor se desparramó por el espacio en moléculas infinitas.

Acababa ya de desaparecer el último rayo solar; la noche se presentaba solemne y pura como la agonía de aquella niña.

El médico se arrodilló á sus pies y la dijo sollozando:

—Hermana mía, lo quiere el Señor en su arcano que mueras hoy para amarte mas mañana en la mansion de los justos. En vez de dichas efímeras que encontramos aquí abajo mezcladas con amargas, te ha llamado Dios á sí para que llegues al cielo virgen é inmaculada cual saliste de sus manos. Muere en la tierra esa forma temporal para dejar libre al espíritu, el cual vuelve á su creador; y apartando de tu hermosura las manchas de la humanidad, conservará esa obra de sus manos para sentarla al lado de su trono. Un día tambien deberías morir cuando la vejez llegase á su turno, y acaso entonces los desengaños hubiesen amargado tu corazón. Vete al cielo, hermana, donde te esperan los querubines para darte una corona: desde allí serás la estrella que me guíe en el mundo. ¡Qué digo! ¿Vivir cuando ella muere?

—Tus palabras no me consuelan, suspiró la joven con voz falleciente. ¡Ser tan bella y morir en los primeros días de felicidad, cuando iba á ser tu esposa! Las miradas posturas de María se encontraron con las de Raimundo, y un velo de lágrimas apresuró el adios de los ojos moribundos.

El médico alargó su derecha.

—Apenas te percibo, exclamó, y el frío del sepulcro penetra en mis huesos. ¿Este es el himeneo? Ven Raimundo; á lo menos, si no puedo verte, habla, que oiga tu voz. ¡Oh! llora, llora, tus lágrimas son prueba de tu cariño.

Raimundo, postrado á los pies de la agonizante, espiaba por momentos la última lucha vital. El hielo entumecía lentamente los pies de la joven, y las palpitaciones disminuían sucesivamente en su pecho. Un estertor pausado agitaba los labios trémulos y lívidos que balbuceaban palabras ininteligibles. Las manos de la enferma buscaban algun objeto que no encontraban...

—¡María! gritó Raimundo, el Señor te llama.

—¡Dios mío! murmuró ella, y al aplicar sus labios sobre el crucifijo, cesó de respirar.

SONETO.

Mares de luz por la sonante esfera,
Triunfador de la noche, el carro de oro
Lanza del sol, y su perenne lloro
Suspende el mundo y su afliccion severa.

Dichosa al firmamento va ligera,
Cual despedida flecha audaz condoro,
Y esparce al viento su cantar sonoro
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra, y la mar, y el claro cielo
En alegre bullir hierven de amores,
Cuando fecundo el luminar su vuelo
Emprende ufano entre celestes flores.
Yo en tanto muero de tu luz privado;
Que no verte es morir, idolo amado.

R. M. BARALT.

ESTUDIOS LITERARIOS.

A MR. HIPPOLYTE LUCAS,

REDACTOR DEL SIGLO.

La primera voz que dió al viento de la publicidad mi humilde nombre, y la primera mano que buscó la mía, al llegar á la capital de Francia, fué la de vd., mi querido Hippolyte. Para pagar esta pequeña deuda de amistad y aprecio, yo habia pensado dedicarle, como un recuerdo de estimacion y cariño, alguna de esas fugitivas producciones que de vez en cuando suelo estampar en las columnas de algun periódico literario de París ó Madrid;—pero en el momento de cumplir mi propósito, me acordé que poseyendo usted un ramillete de tan bellas y variadas flores, y siendo tan considerable en España el número de sus amigos y apasionados, acaso vd., y desde luego ellos, me agradecerian mas que, en vez de ofrecerles algun fruto poco sazonado de mi pobre ingenio, le robase al autor de «EL CORAZON Y EL MUNDO» una flor de la rica y fragante guirnalda que compone ese precioso libro, y la trasplantase al jardin de la literatura española en testimonio al menos del particular afecto y servicios que el autor le ha dispensado, principalmente en la prensa periódica y en el teatro.

Ojalá la traduccion se aproxime al mérito del original, y sobre todo que satisfaga medianamente á un literato tan versado en nuestro idioma como vd.

El amigo sé que me dará su absolucion de antemano: por eso reclamo la indulgencia del escritor y del crítico.

No dirá vd. ahora que solo vengo á Madrid á divertirme, y que me olvido *tout a fait* de París, desde que pasó el Bidasoa. Crea que aqui y en todas partes soy siempre su afectísimo y buen amigo.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Madrid 30 de mayo 1854.

EL CLAVO.

DEJEMOS EN PAZ Á LOS MUERTOS
(Lenore.)

Yo amaba aquel cementerio: no para ir á media noche á meditar sobre la vida y la muerte, como Young, en el silencio y la oscuridad; la fé estaba apagada en mi alma; la duda comenzaba á disiparse. La nada se habia presentado á mi espíritu, y luché con ella semejante á esos espadachines que combaten al mismo tiempo con la espada y el puñal, hiriendo traidoramente con éste, mientras que paran con aquella los golpes de su contrario; ó como el partho que lanzaba sus flechas huyendo; esa idea horrible me habia hundido en la indiferencia. Convencido de que nada podia saber, que la naturaleza no revela á nadie sus secre-

tos, ¿de qué me hubiera servido molestarme para meditar sobre la existencia junto á una tumba? Si al menos la morada de los muertos, tan temida de los vivos en las horas de tinieblas, hubiese conservado sus terrores fantasmagóricos!... pero no: los mármoles medio iluminados por los pálidos reflejos de la luna que penetraban á través de los cipreses, no tomaban á mi vista una forma humana; el murmullo de los vientos en los dilatados ramos del sauce lloron, no imitaba á mi oído una voz plañidera; la fuga del lagarto sobre las hojas secas, no me parecía la pisada de un espectro; no experimentaba ningun sobresalto, no temblaba de miedo, ni un sudor frio me helaba á cada instante; volvía la cabeza sin temor de encontrar nada detrás de mí. ¿Qué hubiera ido yo á hacer por la noche en aquel cementerio?

Yo le amaba en medio del día, á la radiosa claridad del sol, ornado de flores y de bosquecillos, variado como un jardin inglés, y á dos pasos de mi casa. Había llegado á ser mi paseo favorito. Conocía en él hasta las mas pequeñas cruces, todas las columnas y las urnas funerarias.—Al ver estas últimas, me he preguntado muchas veces ¿por qué se colocan todavía sobre nuestras tumbas, cuando ya no sé quemar los muertos? ¿Seremos, pues, eternamente copistas, y en todas nuestras artes? ¿Urna sin cenizas, cuán perfectamente me representas el emblema de nuestra tragedia clásica!

Muchas veces habia contado las fosas. Todas las mañanas después de mi desayuno, y á la manera de un hombre que apasionado por los tulipanes va á ver en su invernáculo si se han abierto algunos desde el día anterior, iba yo á reconocer si habia ó no tumbas nuevas. Satisfecha mi curiosidad, me paseaba con un libro en la mano, disfrutando de la sombra y soledad del lugar, tan indiferente y ageno á lo demas, como los mismos enterradores. Recientemente, bajo un cesped, encontré al pie de una cruz un nido de cogujada con cuatro pajarillos. Este hallazgo me llenó de alegría. Me complacia tambien en visitar una pequeña cruz que curaba la fiebre, al pie de la cual los pobres tomaban y depositaban saquitos bendecidos. Los menores accidentes del cementerio me eran familiares, y poseia perfectamente su cronología; sabia que el día mismo en que los habitantes habian inaugurado aquel campo mortuorio, en el momento en que el gran vicario (el lunes de Pentecostés, de 1791), terminaba la predicacion ante una multitud recogida y con la cabeza inclinada, se oyó hacia el lado de la ciudad la señal de rebato, como un toque fúnebre de campanas, y que todas las frentes al levantarse, se vieron alumbradas por el reflejo de un gran incendio, cuyas columnas de fuego, arremolinándose por encima de la ciudad, parecían dispuestas á devorarla, como si la nueva morada que los habitantes eligieron llegara á ser de repente su único refugio. Sabia tambien que en tal parte, un juez y un condenado habian sido enterrados el uno junto al otro, como dos hermanos. Habia reunido muchos hechos semejantes, de los que no sacaba otro fruto que el de recrear mi imaginacion. Perdó-

neseme: la muerte no había herido ninguna cabeza que me fuese querida; no conocía los terrores que sobrecogen el corazón cuando el viento de la noche remueve las ramas de los cipreses que hay allí plantados; ignoraba que el escepticismo mas fuerte se conmueve al soplo nocturno que remeda la voz de aquellos á quienes se ama.

Mi placer era conversar con el sepulturero, el cual me divertía por la naturalidad de sus relatos y reflexiones. Unas veces me decía ante un monumento de gran precio: el que descansa aquí, es el propietario mas rico del cementerio: otras me hacía sobre la hoya de los personajes que había conocido, oraciones fúnebres muy poco conformes con sus epitafios. Yo me sonreía y me marchaba despues de haberle dado algunos consejos sobre la alineacion de sus tumbas para que ofreciesen un golpe da vista mas agradable. De este modo pasábamos allí los dos, muchos ratos agradablemente entretenidos.

Despues de algun tiempo, una cosa me disgustaba: *mi cementerio se transformaba*; se desenterraban mis antiguos muertos para poner en su lugar otros nuevos. Reclamé ante el consejo municipal para que se comprase un campo inmediato; pero mi demanda fué rechazada, so pretexto de economías, y esto lo sentí en el alma. «Honor á la civilización! exclamé un día; ¡los salvajes llevan consigo los huesos de sus padres á todas partes á donde van, y nosotros arrojamlos al viento los de los nuestros, cuando no queda mas que eso de nosotros tal vez!... Hánse trasportado á la muerte los usos de la vida: una tumba es una casa en donde se suceden diversos inquilinos.» Todo esto, me decía á mí mismo hollando á cada paso en mi camino algunos huesos que se reducían á polvo, y cuyo crujido producía sobre mis nervios un efecto desconocido, que yo atribuía á mi contrariedad.

En vano volvía de vez en cuando las hojas de un libro que tenía en la mano; si me hubiesen interrogado acerca de lo que leía, hubiera podido responder como el príncipe de Dinamarca: *¡Palabras, palabras, palabras!*... Ninguna idea surgía de esas páginas para mí. Mis ojos amenudo se ocupaban en examinar menos las sílabas que los cráneos amontonados á la orilla de la senda; y volvía á engolfarme en los tetricos pensamientos filosóficos en que no quería pensar.... ¿Dónde está el espíritu, la llama divina que animaba á estos huesos, y les daba todas las pasiones que me agitan? ¿No existe? ¿Se ha reunido á los elementos como creían los antiguos? ¿Hay una morada donde va el alma cuando abandona la materia como creen los pueblos modernos? Si así es, se la castiga, se la recompensa como á un mensajero que ha llenado bien ó mal su misión? Pues á esto, en último resultado es á lo que vienen á parar todos los desvarios á que da lugar la idea de otro mundo. La vida es una *farsa*, dijo uno. *¿Se paga al salir de ella?* ¡He aquí la cuestión!... —De repente descubrí un cráneo que tenía todavía algunos cabellos. Era una cosa comun, y no obstante, su vista me dejó helado como una puñalada. Me acerqué; una estraña emoción se apoderó de mí en presencia de aquel cráneo. Si se me hubiese dicho: este es el cráneo de tu padre, no me hubiera impresionado mas. Presentía no se por qué, un misterio terrible en esta cabeza, la única que entre las otras conservaba un resto de su anterior vitalidad. Por largo tiempo no me atreví á tocarla, y sin embargo, un violento deseo me impulsaba á hacerla. La examiné con aten-

ción, y mas dueño de mí, la apostrofé con estos versos de Childe-Harold:

Yes, this was once ambition's airy hall,
The dome of thought, the palace of the soul (1).

Yo la miraba y tornaba á mirarla en silencio.... de repente mis dedos se crisparon, mi sangre dejó de circular, y mis nervios se contrajeron dolorosamente como si una malla de acero oprimiese todo mi cuerpo....

Acababa de descubrir debajo de los cabellos un largo clavo que atravesaba el cráneo en la nuca....

El sepulturero estaba allí...

—¿Sabes tú á quien ha pertenecido esta calavera?

—Al presidente A.... Esta mañana cuando abrí su huesa, hubiera apostado que aun conservaba algunos cabellos. Es el hombre de cabellera mas poblada que he conocido.

—¿Sabes de qué enfermedad murió?

—De una apoplejía fulminante.... en una noche.... esta es una muerte que afligió en extremo á su esposa. Hace cinco años: durante seis meses no pasó un día en que no viniese á sollozar y orar en su sepultura.

—¿Y ahora?

—Ahora está casada de nuevo.

—¿Casada de nuevo!...

Yo me quede mas frio.

—Casada de nuevo con un jóven á quien había amado en otro tiempo, segun se dice...

—Es toda una historia... La doncella de la casa me la contó en otro tiempo.

—¡Basta, basta!

Yo me iba con el cráneo.

—¿Y bien! exclamó el foso, ¿os llevais mi cráneo?

—¿Y qué quieres tú hacer con él?

—Yo le había puesto á un lado esta mañana, para hacer-selo ver á mi familia.

—De hecho, le pertenece con mas razon que á mí.

Y sacando el clavo, le arrojé la calavera.

¡Me marché!... ¿Qué oscuro misterio!... ¿Es la casualidad, es la Providencia quien me lo revela?... ¿Han terminado mis dudas, mis impiedades?... ¿Quiere el cielo demostrarme que la víctima puede salir del sepulcro que la tumba vomita su presa, para acusar al culpable, y que el crimen no puede quedar impune?...

¿Qué hacer con este clavo?... Yo lo puse dentro de una cajita y lo encerré en un secreto con mas cuidado que el que tuve jamás en ocultar los cabellos de una muger querida. Parecíame que cualquiera que lo viese había de comprender su infernal enigma. ¿Qué hacer?... Yo no soy procurador general de la sociedad. Ella no me ha encomendado la defensa de sus derechos. Ciertamente que no, yo no entregaré los culpables á la justicia humana. Entonces una voz me decía: al menos el remordimiento, el horrible remordimiento puedes arrojarle en el corazón de los criminales, si todavía no ha penetrado en él. Puedes... y esta es sin duda la voluntad de Dios, forzarlos al arrepentimiento, suspendiendo el castigo sobre su cabeza.—Despues la voz añadía mas despacio: sería un espectáculo dig-

(1) Si: este fué en otro tiempo el trono de la altiva ambición, el altar del pensamiento y el palacio del alma.

no de contemplarse el semblante de una muger en el momento en que se descubre un crimen como este, hay en ese instante un drama, una escena de Hamlet. Las novelas del dia llenas de episodios semejantes, me habian depravado la imaginacion, y yo era uno de esos jóvenes locos que buscan a cualquier precio emociones extraordinarias, aun á riesgo de arrojar sobre una familia la desolacion y la muerte.

¡Siempre, siempre esa idea, esa idea del clavo, fija, de pie á mi lado, acostada en mi cama!... No habia lectura, ni meditacion, ni estudios posibles, ni placer siquiera. El clavo, el fatal clavo estaba alli, sin cesar... por todas partes.... Mis padres, mis amigos me preguntaban; ¿Qué tienes? ¿Representas una tragedia?... ¿Te ha hecho traicion tu amada?... ¿Qué hubiera respondido yo?... ¡El clavo!... ¡el horrible clavo!... ¡el clavo fascinador!

En fin, no pudiendo resistir mas, una noche me vesti, me hice indicar la casa de Mr. R..., y me encaminé hacia ella. Al aproximarme, al llegar á su puerta me detuve... Habia que subir la escalera. Despues de algunos momentos de vacilacion, subí: mis piernas flaqueaban. No me atreveré jamás á llamar... no me atreveré jamás...—¡Ah! cuántas veces, cuando amaba, me he visto de este modo!... Yo no podia visitar á Amelia todos los dias, lo sabia; y sin embargo, todos los dias subia su escalera, buscaba un pretexto para entrar, aun el mas ligero; y no encontrándole, me veia forzado á descender, aunque con la satisfaccion de un hombre que nada tiene que echarse en cara. Pero aqui, qué diferencia... ¿Me faltará valor? Mi mano se detuvo en el momento de tomar el cordon de la campanilla, y habia dado ya un paso hácia atrás, cuando se abrió la puerta. Una muger que salia me vió inmóvil sobre el pavimento, con el brazo derecho todavia en ademán de tirar de la campanilla.

—¿Qué deseais, caballero?

No supe que contestar, y turbado dije maquinalmente:

—La señora de R***.

—Está, entrad.

Un rayo no me hubiera aturrido mas. Entré, y me deje conducir al recibimiento de la señora de R***, como un condenado á quien se arrastra al suplicio.

Esta señora estaba sentada sobre un sofá, en muelle y deliciosa actitud; sosteniendo con una mano su cabeza medio inclinada, y con la otra haciendo bucles con los blondos cabellos de un niño de seis á siete años, que apoyaba la frente en sus rodillas. Su aire de abandono tenia una mezcla de sensibilidad y de tristeza indefinible. Diríase que era la melancolia jugando con la inocencia. Yo no habia visto jamás á la señora de R***; jamás habia contemplado esa delicadeza de formas, esa esquisita armonia de las facciones, esa blancura de la piel, esa pureza en la mirada, esa suavidad de tallo delicado y aéreo. Veia una de esas mugeres á quienes los poetas llaman ángeles y que los pintores contemplan murmurando, *Rafael*.

Distraida en su vaga meditacion, no se habia apercebido de mi entrada. Al acercarme, se levantó repentinamente, pero con gracia. Su mano me indicó un asiento... y un momento despues me encontré sentado frente á ella; ella, aguardando una explicacion de mi visita; y yo en el mayor desórden de ánimo en que me he encontrado y me encontraré en mi vida.

No os riais de la pregunta que le dirigí: la respuesta es terrible. Estaba alli inmóvil, estúpido... tomé prestado del

quinto de Charlet su principio de conversacion con las amas ó niñeras del jardin de plantas.

—Señora, teneis un niño muy hermoso.

Ella me miró con aire de sorpresa.

—¿Es de vuestro primer matrimonio?

Yo trataba de contenerme.

Su sorpresa redobló.

—¿Es de vuestro primer matrimonio? repetí comprendiendo esta vez todo el alcance de mis palabras.

—Sí, señor.

Cierta agitacion se dibujaba en su semblante y abrazó á su hijo para ocultármela. ¡Hijo de su primer marido! y ell lo acaricia... Una muger es siempre madre... Hubo algunos momentos de silencio... un largo silencio.

—Caballero, me dijo ella en fin, ¿qué me quereis?

—Señora, tengo que haceros una restitution.

—¿Quién os encarga de ella?

—¡La tumba, repliqué con un acento sepulcral!...

Comenzaba la grande escena... Nos hallábamos en el punto culminante del drama. Un estremecimiento nervioso sacudió todo su ser: tambien yo me estremecí. Sin embargo, atrevíme á presentarle la caja; ella la tomó y la abrió... Un grito... un grito que encerraba todo el horror, el espanto y el desgarramiento que sufre el alma humana en una situacion idéntica... Ambas manos convulsivas llevadas sobre sus ojos... Yo habia adivinado con exactitud... el crimen se habia cometido.

En el mismo instante, un hombre se precipitó en el cuarto.

—¿Qué tienes, Leoncia?

—¡El clavo! el clavo! el clavo!...

Habia en su acento algo imposible de describir.—Ella se desmayó, el joven quedó petrificado. El clavo habia caido al suelo; el niño le recogió jugando. ¡Hubiera podido soportar lo demas, mas esto!... hui de esta escena de horror; Mr. R*** se lanzó tras mis pasos, y me detuvo al bórde de la escalera!

—¡Caballero! y me sacudia violentamente el brazo, poseeis un secreto terrible. O vos ó yo hemos de dejar de existir antes de una hora.

Yo no habia examinado bajo este punto de vista las consecuencias de mi accion; asi es que quedé algo sorprendido.

—Caballero, ya estais bastante castigado; jamás saldrá este secreto de mis labios.

—Sois un cobarde, exclamó Mr. R*** con furor reconcentrado.

—Dentro de una hora estaré á vuestras órdenes, y os dejo la eleccion de las armas.

—La pistola.

—La pistola.

Convinimos en el lugar.

—Buena la hice, decia yo al retirarme: ¿por qué me he mezclado en un negocio que no me interesaba? ¿Qué me importaba á mí el presidente?... ¿Era mi padre? ¿Era amigo mio? He cedido á una fantasia, á un capricho, á una curiosidad de artista. Quise ver si nuestros actores nos reproducian bien el terror en una fisionomia humana. ¡Loca y miserable pretension que puede costarme la existencia! ¡Me he portado, por vida mia!

Llegué al parage de la cita: Mr. R*** no se hizo aguar

dar. Estaba sin testigos; tampoco yo los tenía.—Los motivos de este duelo no podían confiarse á nadie.—Dos soldados volían de pasear; les suplicamos que nos sirvieran de padrinos, y consintieron en ello.

Mr. R.*** había llevado pistolas, nos colocamos á diez pasos uno de otro. Hizo fuego él primero.... La turbación en que se encontraba me salvó; la bala pasó silbando por la botonadura de mi vestido. Me había llegado mi vez, é iba á tirar al aire: él se apercebíó de mi propósito.

—Tírad sobre mí, exclamó, porque volveremos á comenzar hasta la muerte.—Le apunté al hombro.... quería herirle solamente....—¡Fatalidad! Le dí en el corazón.... Cinco minutos despues, ya no existía.

Conducido á su morada, su muger le recibió y no le reconoció.... ¡Había perdido la razón!....

Mi obra de una hora: ¡un hombre muerto! ¡una muger loca! ¡y en mi corazón un infierno!....

No hace mucho pasaba yo por la calle, y un niño gritó: ¡ese es el asesino de mi padre y de mi madre! Todos los ojos se dirigieron hacia mí. Hubiera querido estar á cien pies debajo de tierra.—Ese niño es, sin embargo, á quien yo he vengado.—Que el rayo me parta si vuelvo á poner jamás los pies en un cementerio.... antes de mi muerte.

HIPPOLYTE LUCAS.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

MONOGRAFÍA DE LA CLEMATITA. (1)

Era la semana última; acababa de instalarme en mi casa de campo, lo que os aconsejo que hagais también vosotros, si ya no lo habeis hecho, y si es que teneis una casa de campo, lo que os deseo de corazón, y mas en estos tiempos en que la política infesta las ciudades.

Anunciábase un hermoso día, el sol se elevaba puro y tibio en medio de un cielo sin nubes. Un ligero viento que acariciaba los manzanos en flor, dejaba ver su nieve odorífera. Las primeras gracias de la primavera se manifestaban en los parterres, y las aves cantaban bajo el nuevo follaje que las ocultaba con sus hojas verdosas y pálidas. Yo pasaba revista á mi jardín plantando y disponiendo mis arbustos y mis flores.

A lo largo del pilar de mi verja, una jóven clematita todavía desnuda, abrazaba la piedra con sus tallos delgados y flexibles. Mi jardinero me aconsejó que la destruyera, como inútil por una parte y como dañosa por otra. Me probó que su perfume absorbería el de las flores mas preciosas que dominaba, y que su sombra perjudicaría el desarrollo de mis julianas y de mis girasoles.

A pesar de mi repugnancia en poner la mano sobre una obra de Dios, me disponía ya á destruir en un instante el producto de seis años, cuando sentí una mano que detenía la mía, y que me arrancaba el instrumento fatal.

Era mi amigo el doctor T..., que pasaba por delante de mi puerta, y me reclamaba clemencia por la clematita.

—Bárbaro, me dijo con su sonrisa filosófica, ¿sabes lo que vas á hacer?

—A destruir una planta inútil.

—¡Inútil! tu acción es una crueldad, y tu palabra una blasfemia.

—¿Sirven para algo las clematitas?

El doctor se sentó á mi lado, y tomando un polvo de tabaco se espresó de la siguiente manera:

Hace unos diez años, me hallaba confinado en una de nuestras aldeas, que no conocía la medicina mas que por su nombre, y donde la farmacia no figuraba ni aun en el vo-

cabulario. Encontrábase á mi lado un hombre, jóven todavía, que se moría de hidropesía; una muger tullida, de edad de treinta años, á consecuencia de un reumatismo general, y muchos niños devorados por una obstinada fiebre. Reducido al laboratorio que me ofrecía la naturaleza, fabricaba tres remedios segun mis estudios y mis observaciones, y curé en pocos días, al hombre, á la muger y á los niños. Unos me declararon hechicero, y otros me llevaron en triunfo; y sin embargo, yo no había hecho ni un sortilegio ni un milagro; había machacado y convertido en exutorio algunas hojas de clematita. Al año siguiente viajaba yo por Italia y ví que producía los mismos resultados. Cuando las mulas estaban cansadas de subir montañas, ¿sabes lo que mi conductor las daba á guisa de avena? Hojas y tallos secos de clematita. Despues de esta comida escitante, mi *returino* hubiera atravesado los Apeninos como Aníbal. ¿Sabes como se curan los negros los dolores de muelas, las cuales nosotros sacamos despedazando las encías? con una cataplasma de clematita. Sin embargo no uses de ella, ni como alimento, ni como medicina sin consultar antes la ciencia, pues estas preparaciones, casi inusitadas entre nosotros, exigen las mas grandes precauciones.

Quedé admirado con las revelaciones del doctor; pero iba á preguntarle para que era buena la clematita en España, á tiempo que pasaba por el camino una familia de mendigos.

Eran en número de cinco; el padre caminaba trabajosamente con una pierna cubierta de una úlcera espantosa; la madre tenía el cuello devorado por un cáncer, y los hijos llevaban una máscara completa de granos.

En un principio contemplé aquel espectáculo con horror, pero despues me sentí compadecido, y dí á estos miserables todo lo que tenía en aquel momento. Los transeúntes me imitaron, y la pobre familia recibió con que vivir muchos días. Solo el doctor había permanecido impassible y risueño. Le pregunté la causa.

—Porque conocía, me dijo, el origen de las llagas que te han conmovido y hecho tan caritativo. Esta mañana han sido fabricadas con hojas de clematita (que estos pobres diablos llaman la *herida de los indigentes*,) y ellas serán curadas esta tarde con algunas lociones de aceugas. He aquí para lo que sirve en España la clematita. Sin embar-

(1) Género de plantas trepadoras, familia de las renunculáceas. Su nombre vulgar es muérmora ó yerbas de pordioseros.

go, tiene mejores usos añadió mostrándome á un trabajador del Mediodía, que pasaba fumando, con su muger que le acompañaba, con una cesta en el brazo, y una bandada de muchachos cargados de un manojo de yerbas de todas

ger; y esos niños, por los meses de julio y agosto, ganarán su pan recogiendo para los herbolarios las hojas de clematita, que secarán á la sombra en la mejor pieza de su morada.

Mi hija, que llegaba en este momento, y que hubiera



Clematita.

clases. El tubo de la pipa de este trabajador, continuó, no es mas que el tallo fistuloso de una clematita. Los tallos flexibles de la misma planta, preciosos para los cestos por su longitud, han compuesto el canasto sólido de esta mu-

bastado para desarmarme, me confesó por su parte, que destruir nuestra clematita, hubiese sido anular el encanto de nuestra rústica morada, y arrebatarle personalmente sus mas dulces recuerdos.